

Entrevista con María

Estas sencillas páginas, en su pretensión de una mariología popular, no quieren ser otra cosa que un eco, un cumplimiento y una vivencia de la profecía que un día hiciera en Ain Karim aquella valiente muchachita:

"Me llamarán dichosa todas las generaciones".

MARIA NOS DESCUBRE SU MISTERIO

La Virgen se deja entrevistar
María conoce su Misión
María en los Evangelios
El Nombre de María
La Primogénita
La Inmaculada
La Hija de Sión
La Madre de Dios
La Madre nuestra
La Virgen
La Corredentora
La Madre de la Iglesia
María Asunta
La Abogada
La Medianera
María Reina
María, Tipo de la Iglesia
El Corazón de María
El culto a María

MARIAL

El Rosario narrado por María
Misterios de Gozo
Misterios de Dolor
Misterios de Gloria

LAS LETANIAS

- La letanía tradicional actualizada
- Letanía del Corazón de María
- Una letanía mariana
- Profesión de fe mariana
- Tres jaculatorias

La Virgen María fue muy gentil conmigo y me concedió una audiencia que resultó cordialísima. Tres horas bien largas me tuvo consigo, aunque, por ese milagro inexplicable de la relatividad, a mí se me convirtieron en breves minutos... Interlocutor atrevido, le pregunté sobre muchas cosas íntimas suyas, que, ya se lo dije a Ella, las divulgaría yo sin escrúpulo alguno. Y, a petición mía, completó mis interrogatorios narrándome Ella misma sus sentimientos en los quince misterios del Rosario.

La primera cuestión que le planteé fue acerca del conocimiento que Ella tuvo sobre su persona y su misión. Empecé con una pregunta de cortesía, pero al instante me había ganado toda la confianza. Y fue así como siguieron después temas y más temas que me hicieran conocer a fondo -aunque es imposible conocer fondo en el misterio de María- a la Mujer que Bernardo llamó "el negocio de los siglos".

Pedro García C. M. F.

MARIA CONOCE SU MISION

- ¿Me permites una entrevista, Señora?

- **¡Cómo no! Sigo siendo la humilde servidora de Dios, y vuestra también. A tu disposición estoy. Pero, empiezo por preguntarte yo: ¿a qué obedece ese afán de entrevistarme precisamente a mí?**

- ¿Eso me preguntas, Señora? La Mujer que nos trajo a Jesucristo, la Madre de Dios, la Virgen Madre, la Reina del Cielo y Tierra... Una mujer así, ¿no interesa? Eres, además, el centro de nuestro corazón, ¿y pretendes tú que no quiera saber yo cosas de ti?

- **Comprendo.**

- ¿Y hay alguien que me pueda meter dentro de ti mejor que tú? ¿Alguien que sea capaz de abrirme tus intimidades, si no las descubres tú? ¿Algún teólogo que entienda y explique tu misterio, como lo puedes hacer tú?

- **Probemos, entonces. A lo mejor resulto buena profesora de mariología... Aunque, al verte armado de pluma y libreta, y con la grabadora en marcha, me imagino que no tienes mucha intención de guardar los secretos que te confíe...**

- ¡Naturalmente, que no! El Espíritu Santo dijo por tus propios labios, e inspiró al autor sagrado, que te llamarían dichosa todas las gentes. ¿Tengo obligación de permanecer en silencio, o es más bien mí deber cumplir el querer de Dios, y divulgar su gloria por las maravillas que hizo en ti?

- **Pregunta pregunta, pues, lo que quieras... Que todo será en honor de El.**

- Gracias, Señora sabía que lo harías. Y empiezo por la pregunta más simple: ¿quién es María para María?

- **Pues, mira; aún no he cambiado de opinión sobre lo que dije en el Evangelio. Aunque Reina de Cielos y Tierra, todavía sigo siendo la humilde esclava del Señor. De mí dijo Dante, el más grande de los poetas cristianos, que soy "Virgen y Madre, hija de mi Hijo, más alta que nadie y la más humilde criatura". Contradicciones muy ciertas, como ves.**

- En tu Magníficat le dijiste a Isabel que el Poderoso había hecho en ti maravillas. ¿Eras entonces consciente de cuáles eran esas maravillas? ¿Sabías, de hecho, lo que te decías?

- **Bueno, preguntas algo muy difícil de explicar para vuestra comprensión. De momento, yo no podía conocer el cúmulo de todas esas maravillas. Puedes pensar que en Pentecostés supe mucho más que en la anunciación. Y ahora, asunta en el Cielo, sé mucho más que en Pentecostés. Ahora lo sé todo. Aunque no olvides que, para mí, se adelantó mucho la venida del Espíritu Santo...**

- ¿Qué te ocurrió, pues?

- **En la anunciación del ángel, -con un éxtasis, imposible de describir- el Espíritu Santo se posesionó de mí e ilustró de mi mente de tal modo que yo era consciente de la misión que Dios me confiaba y que yo asumí libre y responsablemente.**

- ¿Qué llegaste, entonces, a entender en la anunciación?

- **Ante todo, que iba a ser la madre del Mesías prometido, y que Dios respetaba y consagraba mi virginidad. Sería yo Madre-Virgen. Esto, ya era cosa muy grande.**

- ¿Y que ibas a ser Madre de Dios?...

- **Me haces ahora la pregunta clave. Porque en Israel se pensaba que el Mesías sería el enviado de Dios, pero no Dios precisamente. Y yo, hasta la anunciación, pensaba como una israelita de entonces.**

- ¿Y cuál fue tu conocimiento de que el Mesías, que tú ibas a engendrar, era más que hombre?

- **Gabriel me dijo que me iba a cubrir la sombra o nube del Altísimo. Y, para un israelita, la nube era el Dios que en ella se escondía. Además, el hijo que yo iba a tener lo llamaba "Santo" e "Hijo de Dios", títulos que eran exclusivos de Yahvéh. Todo ello me hizo vislumbrar que el Mesías iba a ser, no sólo un enviado de Dios, sino también Dios. Empecé a darme cuenta de mi maternidad divina.**

- ¿Y eso, desde el principio?

- **Examina mi diálogo con Isabel, pocas semanas después. Ella, repleta también del Espíritu Santo, enloqueció de felicidad porque le visitaba la Madre de su SEÑOR. Y la palabra "Señor" era sinónimo de Dios. En Israel, sólo Dios era el Señor.**

- Expresión que repitieron los pastores de Belén, ¿no es cierto?

- **También ellos dijeron lo mismo. El ángel les anunció que les había nacido "un Salvador, el Mesías SEÑOR".**

- En definitiva, tú supiste que eras la Madre de Dios

- **Con esta pregunta te metes en el misterio de mi fe, misterio que no entenderéis nunca. La revelación fue también para mí progresiva, poco a poco, y no de un solo golpe. Sabía que era la Madre del Hijo de Dios, pero esta verdad la viví en las sombras de la fe.**

- ¿No lo dice de alguna manera el Evangelio?

- Por dos veces os dice Lucas que yo daba vueltas y más vueltas en mi corazón a todo lo que veía y oía. Cada día profundizaba más en el misterio, pero que seguía siendo siempre misterio. Y a veces, como en el Calvario, mi fe la viví entre tinieblas densísimas, que jamás vosotros podréis explicaros.

- ¿Y qué dices ahora, cuando lo ves claro todo?

- **Ahora, sí. Ahora entiendo del todo aquél "llena de gracia" con que me saludó Gabriel, y también el grito de júbilo que el Espíritu Santo puso en mis labios: "El**

Poderoso ha hecho en mí cosas grandes". En una pura criatura no puede haber más favor de Dios.

- Eso es precisamente lo que yo quisiera saber. Qué significa ese "llena de gracia". Para mí, encierra TODO el favor que el Altísimo puede conceder a una persona, y esa persona así favorecida con toda gracia fuiste UNICAMENTE tú. Por eso me gustaría que, como un diamante, quebraras toda esa luz tan simple y bella tuya a todos los colores que en sí esconde y atesora

- Mucho pides... Los teólogos más profundos descubren horizontes cada vez más vastos en el misterio de la elegida por Dios para Madre suya. Algo te podré decir para satisfacer tu sana, santa y legítima curiosidad...

MARIA EN LOS EVANGELIOS

- Para conocer tu misterio, me gustaría, Señora, empezar por lo más seguro para nosotros: por los Evangelios. La Iglesia te tributa elogios mil y un culto tan ardiente y extenso como prudente y comedido. Ella está guiada por el Espíritu Santo, y no se equivoca. Pero, ¿fue así desde el principio? ¿Qué pensó de ti y qué hizo contigo la primitiva Iglesia? ¿Nos dicen lo suficiente los Evangelios?

- Sí; en pocas palabras dicen mucho. Los evangelistas depositaron en sus escritos la semilla fecunda de mi doctrina y de mi culto. El árbol frondoso de hoy, desarrollado por la tradición católica bajo la guía del Espíritu Santo, como tú mismo decías, hunde sus raíces en los escritos apostólicos.

Empiezo por Marcos. Dicen que el suyo es el primer Evangelio escrito. En él pasas tú desapercibida del todo, y, cuando te nombra, casi, casi parece ser en sentido peyorativo.

- ¿Me quieres exponer tus dudas?

- Sí. En el capítulo tercero dice que llegaste tú con tus parientes queriendo ver a Jesús, y respondió él fríamente: "¿Mi madre y mis hermanos? No tengo otros que estos que me rodean. Quien cumple la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre"

- Cierto. Pero, fíjate en lo único que quiere decir Marcos: que la nueva familia y el nuevo pueblo de Dios ya no se fundan en carne y sangre, o sea, en generación natural. No se hereda el derecho de pertenecer al Reino. Sólo el creyente y el fiel a Dios es quien forma parte de la nueva familia del Señor.

- Entonces, ¿Marcos no habla de ti?

- De mí no habla Marcos. No se mete con mi persona ni en pro ni en contra. Pero, ahora soy yo quien te pregunto: ¿fui yo creyente, sí o no? ¿Cumplí o no cumplí la voluntad de Dios?

- Como nadie. Nunca retractaste tu "hágase en mí según tu Palabra".

- Entonces, fui también como nadie, Madre de Jesús.

- Perfecto. Después dice Marcos en el capítulo seis que tus paisanos de Nazareth dijeron de Jesús, despectivamente: "¿No es éste el carpintero, el hijo de María?"

- No hay nada de extraño en estas palabras. Los habitantes de Nazareth no se explicaban el origen de la sabiduría, milagros y autoridad de Jesús, y se negaron a aceptarlo. No había estudiado Jesús en las escuelas rabínicas de Jerusalén, y no podían ellos explicarse el fenómeno que presenciaban. "¿Si no es más que el hijo de María!"...

- ¿Y por qué no le llamaban "hijo de José"?

- José había muerto, y llamaban a Jesús con naturalidad "el hijo de María". Lo cual no excluye que muchos de los primeros cristianos, lectores de Marcos y sabedores del misterio pensarán en la concepción virginal de Jesús al llamarlo hijo mío sólo, y no de José, como hubiera sido lo más natural.

- ¿Y lo que cuenta Mateo en sus dos primeros capítulos?

- Eso, ya es otra cosa. La tradición de la Iglesia empezaba a meterse en mi persona. Y todo lo que quiere decir Mateo acerca de mí es que la nueva creación realizada por Jesús empezó en mí y por mí mediante la acción del Espíritu Santo: "María de la cual nació Jesús".

- O sea, que Mateo tiene presentísima tu virginidad, y ve cumplida por ti la promesa

- ¡Claro! Mi Jesús no tuvo otro Padre que Dios. Nacido en el pueblo judío y del pueblo judío, -"nacido de mujer" como dirá Pablo, y de una mujer judía-, todas las profecías quedaban cumplidas. Y fui yo quien le dio libremente a Dios, y de modo virginal la naturaleza humana por la cual entronca con todos vosotros.

- ¿Y lo que dice de José?

- Importantísimo José era descendiente de David, en quien debía cumplirse la promesa del Mesías Salvador. Al descubrirle a José el misterio. Dios le encarga que sea él quien imponga el nombre de Jesús al Niño. Era función privativa del padre. Así José venía a ser el padre legal de Jesús, y Jesús el prometido descendiente de David.

- A algunos no les gusta esa expresión de "padre legal" de Jesús aplicada a José.

- Y a mi tampoco. Yo he llamado a José "padre legal" de Jesús porque así lo llamáis vosotros. Pero haríais mejor en llamarlo "padre virginal" de Jesús. Porque a mí, verdadera esposa de José, me presenta Mateo como la esposa-virgen y la Madre del Mesías Rey. La paternidad de José ha sido única y singular. Jesús lo llamó siempre "padre".

- Pero, para nosotros, el evangelio que más y mejor habla de ti es el de Lucas. Hasta se le ha llamado a Lucas tu secretario.

- Tienes razón, Lucas es el que mejor recogió toda la tradición acerca de mí en la primitiva Iglesia. Lo que yo confié a un grupo de íntimos -piensa en Juan, Pedro y en los apóstoles más queridos de Jesús- Lucas lo seleccionó con su característico cuidado, y así de puro os ha llegado hasta vosotros.

- Desde luego que, cuando llega Navidad, disfrutamos en grande leyendo este Evangelio incomparable.

- Os dais cuenta de que en las primeras páginas de Lucas me veis ocupar el primer plano con verdadera personalidad, y el mismo Lucas, al empezar los Hechos de los Apóstoles, me pone en el cenáculo como corazón del grupo apostólico y de la Iglesia naciente, aunque al frente de ella estuviera Pedro.

- ¿Aprendió Lucas algo de Pablo?

- Pablo, el maestro de Lucas, nunca escribió de mí, a no ser una vaga alusión al decir de Jesús "nacido de mujer". Pero maestro y discípulo sabían lo que el otro pensaba. Lucas, la doctrina de Pablo. Y Pablo, las investigaciones de Lucas.

- Pablo, por lo visto, pensó en ti.

- Pensara o no Pablo en Lucas, y pensara o no pensara Lucas en Pablo, lo cierto es que todo lo que Lucas narra de mí se resume en estos dos pensamientos fundamentales de la doctrina de Pablo: primero, que todo lo que yo tengo es pura gracia de Dios; y segundo, que yo fui la mujer creyente. Gracia y fe: no soy otra cosa. Todo fue obra de Dios, pero yo respondí a Dios fidelísimamente en todo.

- ¿Tenía presente Lucas a la Iglesia cuando hablaba de ti? Dicen que Lucas, al hablar de ti, piensa en la Iglesia.

- **Es cierto. La Iglesia vio realizado en mí todo lo que ella era, es y será. Yo fui la Agraciada, como lo es la Iglesia y lo es cada cristiano. Yo fui la creyente, como lo es el cristiano y la Iglesia entera. En mí, la humilde esclava y la pobre de Yahvéh, hizo Dios primero lo que ha hecho después con la Iglesia, y las maravillas que ha realizado en vosotros las hizo antes plenamente en mí.**

- ¿Podemos, entonces, apropiarnos tu Magníficat? ¿No te robamos algo muy tuyo?

- **No me robáis nada. El Magníficat es himno vuestro como lo es mío. La primera Iglesia cantaba lo que yo dije, y puso en mis labios lo que ella misma cantaba.**

- ¿Y qué me dices de las escasas noticias de Juan? solo te nombra dos veces; en la boda de Caná y en el Calvario, y te llama "mujer". Ni tan siquiera te dice "madre"

- **Pues, aunque te parezca extraño, Juan, en esas dos ocasiones, pone coronamiento feliz y grandioso a lo que ya habían dicho los otros evangelistas. Juan es el evangelista teólogo, que da la última mano a la revelación.**

- Quieres decir con ello que lo que cuenta de ti está lleno de intención. Habrás de explicarte, Señora

- **Como has visto en Mateo y Lucas, mi persona impresionó fuertemente a la primera comunidad cristiana. Era conocido el misterio de mi maternidad virginal. Supieron después que Dios me había resucitado y subido en cuerpo y alma al Cielo, por más que este hecho no quedase consignado por escrito en la Biblia. Sobre todo, yo era para ellos "la Madre del Señor Jesús".**

- ¿Qué pensó Juan de ti? Te trató como nadie, desde que Jesús en la cruz te confió a sus cuidados y a él lo puso, como hijo, bajo tu protección.

- **Quizá pensando en este hecho, acaecido al pie de la cruz, Juan dio el significado último a mi persona y misión dentro de la Iglesia. Me vio como la Madre de todos, de Jesús y de vosotros, que sois la prolongación y plenitud de Jesús.**

- Por lo visto, Juan pensaba igual que Pablo, para el cual no hay más que un solo Cristo: Jesús Cabeza, y nosotros miembros.

- **Lo más probable es que Juan pensaba igual, aunque lo exprese de otra manera. Nunca me llama a mí por mi nombre, María. Sino que usa la expresión: "La Madre de Jesús". Ten presente que para Juan cada personaje o hecho de su Evangelio es una realidad eclesial, un signo dentro de la Iglesia.**

- ¿Qué significa entonces tu papel en la boda de Caná? Algún simbolismo debe tener.

- **Yo, la Madre de Jesús, -de la Palabra hecha carne- soy la Madre solícita y preocupada de los necesitados, que lo erais todos, pues a todos os faltaba "el vino", símbolo de la alegría mesiánica, según tantas expresiones del Antiguo Testamento. Empieza a decir Juan que yo me preocupaba de la Iglesia.**

- ¡Qué belleza!.. . Pero, de momento, en Caná Jesús le dio una negativa, y, sin embargo, realizó el milagro.

- **No me negó nada. Su respuesta es un modo semita de hablar. Tampoco yo mandé nada a Jesús. Le expuse una necesidad, y me dirigí a los sirvientes: "Haced lo que él os diga". Y Juan quiere deciros que yo soy en la Iglesia la primera evangelizadora de Jesús. La que os digo lo que debéis hacer: ir a El siempre... Mi solicitud por vosotros y mi condición de Madre de Dios le hicieron adelantar su "Hora" con un milagro, con un signo, que le glorificó a El y movió la fe de los discípulos.**

- ¿Y qué es eso de "la hora" de Jesús?

- **Es la glorificación de Jesús por la Cruz y la Resurrección. Recuerda lo de Jesús en la última cena: "Padre, ha llegado la hora". Mi Hijo me reservaba un puesto importantísimo en su Hora. Ya ves lo que ocurrió en el Calvario, a donde yo acudí puntualísimamente. En vez de negativa en Caná, venía a decirme Jesús: Espera, que cuando llegue mi Hora, allí te quiero también a ti".**

- Veo así que lo de Caná no es solamente un hecho idílico en la fiesta de una boda. Tanta belleza insinúa ya la tragedia del Calvario.

- **Esa fue la verdad. En el Calvario sería yo LA MUJER, la nueva Eva, la madre de todos los vivientes según la Gracia. Todo el destrozado de Adán en el paraíso, con Eva que responsablemente actuaba en tanto mal, iba a quedar rehecho por Jesús, el nuevo Adán, con el cual yo actuaría también plena, libre y voluntariamente. Un hombre, por la mujer, os trajo la desgracia; otro Hombre, con otra Mujer asociada a sí, os trajo toda bendición.**

- ¿Y por qué te llama "MUJER": y no pone en labios de Jesús y la palabra "madre"?

- **Hace Juan el paralelismo entre Eva y yo. En el Apocalipsis se adentra más todavía en el apelativo que me da de MUJER. En mí ve personificada a la Esposa-Virgen-Madre que es la Iglesia. Eva era vuestra madre infortunada en la primera creación; yo soy vuestra Madre dichosa en la creación nueva. Para Juan, en el Evangelio, soy la MUJER. La misma Mujer del Apocalipsis, personificación de la Iglesia.**

- ¿Nada más dice Juan acerca de ti?

- **Explícitamente, no. Pero, si sacas las consecuencias de su doctrina, verás que, al encarnarse el Hijo de Dios, su tienda de campaña sobre la tierra la echó en mi carne... Las uvas de la verdadera vid, que es Jesús, maduraron en el terreno de mi corazón... La Palabra de Dios se anonadó enterrándose en mi seno, y en mí dio más fruto que en ningún otro redimido... Jesús, a quien veis lleno de gracia y de verdad, así apareció en mis entrañas; así colgó de mis pechos de madre; apareció en la cruz conmigo al lado; y ahora aparece teniéndome a su lado también en la Gloria, donde estoy vestida del sol y coronada de estrellas...**

- ¡Qué parcos en palabras son los Evangelistas contigo, Señora! Pero, en verdad, dicen más de lo que captan a simple vista nuestros ojos. Ahora, con ellos y con la tradición católica por guía, puedo yo proceder seguro a interrogarte.

- **Y te das cuenta, además, de que en la Iglesia no sois mariólatras. Con vuestro culto a mi persona, convertido en culto a Dios, no hacéis más que seguir los planes divinos. Yo, la Madre de Jesús y la primera creyente, soy quien os llevo a El, la que os sigo proveyendo del vino que os falta, la que os doy el ejemplo que debéis seguir para ser en todo como El fue. Así os convertís también en "los colmados de gracia".**

EL NOMBRE DE MARIA

- ¿Qué significa tu nombre? MARIA, después de JESUS, es el nombre más dulce, entrañable y melodioso que pronuncian nuestros labios. ¿Te lo puso expresamente Dios, inspirado a tus papás?

- **No. Mi vida fue tan sencilla y discreta que Dios, contra todo su sistema, no se metió en esto. Cuando alguien venía al mundo con misión especial, Dios le ponía el nombre o le cambiaba el que ya tenía. Yo traía la misión más excelsa, y, sin embargo,**

me llamaron, sencillamente, MARIA. Uno de los nombres femeninos más comunes en el Israel de entonces. Se había popularizado, sobre todo, a partir del reinado de los asmoneos.

- ¿Y qué me dices de tu nombre si me hablas de él científicamente? ¿Qué significa?

- **¿Sabrías tú responderme si yo te preguntara lo mismo a ti acerca de tu nombre propio? Los nombres y los apellidos han entrado en el pueblo, se han hecho lenguaje corriente, y después ya nadie se fija en su significado original. Es cosa de los lingüistas el buscar y hallar las raíces de las palabras.**

- A esto voy ¿cuál es la raíz de tu nombre? ¿Y que significaría entonces MARIA? Por ahí tengo leído que se le han asignado nada menos que de sesenta a setenta y cinco significados, según las diversas raíces.

- **Cierto. En mi tiempo era un nombre muy popular, como te he dicho. Hay quienes nos llamaban MARIA como a la hermana de Moisés, del egipcio "Merit Yam", y significaría "La amada de Yahvéh", aunque otros aseguraban que podría entenderse como "La profetisa".**

- Aludían, por lo mismo, a una mujer ilustre de Israel, como era la hermana de Moisés.

- **Si. Pero los más afirmaban que venía de la raíz "mar" con sentidos tan distintos como "gota del mar", "altura" o "excelsa", "rebelde" y "hermosa", "iluminadora" y "llena de luz". Como ves hay para todos los gustos. Para los que nos llamaban MYRIAM, más bien significaría "exaltada". La "encumbrada sobre todo".**

- Y tú, ¿por cuál significado te inclinas?

- **Todos son bonitos, y todos tienen sus visos de probabilidad. Pero no debe olvidarse que los Evangelistas transcribieron mi nombre por MARYAM, abreviación de Mariamme, que significa "señora" y "princesa".**

- Si es así, cuando te llamamos "Señora " atinamos hasta con la realidad de tu nombre: eres y te llamas Señora.

- **Si. Muchos papás se enorgullecían al llamar a su niña la princesa, la señora, y los míos a mí me lo decían con toda verdad.**

- ¿Y eso de que puede significar "estrella del mar"?

- **Bien. Aquí ya te metes en la simbología. Pero no sin fundamento. San Jerónimo, el gran traductor de la Biblia, escribió "stilla", gota del mar, y de "stilla" se pasó fácilmente a "stella", o estrella, como me llamó toda la piedad cristiana de la Edad Media.**

- ¡Claro! Y a San Bernardo le vino de perlas para escribir aquel párrafo célebre, que no se cansa uno de leer. Para Bernardo eres la estrella Polar, que marca siempre nuestro norte de manera fija, aunque no existiera o se estropease la brújula de la nave.

- **Ahora ya no me lo recitáis tanto como antes, pero mi corazón se estremece de ternura cuando todavía me lo repite alguno.**

- En este caso, me voy a dar y a darte el gusto de recordártelo una vez más, por mí y por el necesitado mundo de hoy... Te decía el más célebre de tus devotos:

"Y el nombre de la Virgen era María" ¡Qué bien le cae este nombre a la Santísima Virgen! Este nombre, además de significar Reina, Señora y Soberana, significa también "Estrella del mar".

Por eso, seas tú quien seas, no olvides que, mientras vivas en este mundo, navegas en alborotado mar, combatido siempre por tempestades y arrastrado por olas violentas. No desvíes tus ojos de astro tan brillante, si no quieres verte sumergido por las borrascas.

Si soplan furiosos los vientos de la tentación; si te ves a punto de estrellarte contra los escollos de las tribulaciones y de las contrariedades de la vida, alza tu mirada a esta Estrella, invoca el nombre de María.

Si te consume el fuego de la cólera y el odio, si te devora la avaricia, si el orgullo te destroza el corazón, si la lujuria te pone al borde del abismo, acude a María.

Si te horrorizan tus pecados; si tu conciencia se estremece a la vista de su gravedad y de su número; si tiembles y casi te desesperas ante el juicio de Dios y ya empieza a tambalearse tu alma, piensa en María. Su nombre calmará tus sobresaltos y avivará tu confianza y amor.

En los peligros de la vida, en los tropiezos de la carrera, en los asuntos difíciles, en los accidentes más trágicos, piensa en María, invoca a María. No se te caiga su nombre de los labios y tenlo siempre grabado en tu corazón.

Una experiencia feliz te enseñará que, con sobrada razón, lleva la Virgen el nombre de María, es decir, de Madre de misericordia, de Estrella del mar y refugio del pecador".

-¡Gracias! Esa página, que desde hace siglos estoy oyendo, me llega siempre al corazón. Y, como ves, Bernardo no andaba equivocado. Me llamó Reina, Soberana, Princesa, Señora, que es lo que significa Maryam. Sólo que a la traducción de Jerónimo, interpretada por la piedad popular, le sacó todo el jugo al llamarme también la Polar, la Estrella que os guió hasta Dios.

- ¿Y el nombre que te dio Gabriel, "La llena de gracia"?

- En realidad, Gabriel me llamó "La Agraciada". La colmada de toda gracia y favor divino.

- Pero tiene su importancia este nombre de "Agraciada" ¿no?

- Mucha. Entre nosotros los orientales, el nombre es la persona. Cambiar el nombre es cambiar la naturaleza. Por eso, cuando Dios llama a uno con un nombre determinado, le da una nueva misión que es como cambiarle la naturaleza. Jesús llamó roca, piedra, Pedro a Simón, y Simón quedó convertido en la piedra sobre la que Jesús edificaba su Iglesia.

- ¿Y qué significaba llamarte a ti "La Agraciada"?

- Eso mismo: la favorecida por excelencia. En mí, que encarnaba y protagonizaba a la Hija de Sión, se cumplía plenamente la profecía de Jeremías: "Te amé con amor eterno; por eso te he mantenido mi favor". Y Dios me llenaba de toda la gracia posible.

- ¿Y por qué no te llamamos, entonces, LA AGRACIADA, en vez de María, como decimos Pedro en vez de Simón?

- Porque ese nombre lo supe yo sola. Se me llamaba y se me llamó siempre MARYAM. Y me gusta mi nombre, te lo aseguro.

- Más nos gusta y nos encanta a nosotros. El nombre de María lo entonan jubilosos el Cielo y la Tierra, y es armonía en los oídos, miel en los labios y júbilo en el corazón.

- Gracias, cariño.

- ¿Cariño?... ¿Así me llamas tú? ¿Con esa sonrisa y mirándome con esos ojos?...

- Hasta que vosotros me queráis a mí como yo os quiero a vosotros ¡lo que os falta, cariño!...

- María... María... María...

LA PRIMOGÉNITA

- Pero me dejo de requiebros, Señora, que me los guardo para cuando hablo contigo en la oración. Ahora voy a aprovechar avaramente el tiempo que me concede una profesora de mariología como tú... ¿Podrías decirme qué significa ese título de PRIMOGÉNITA que te damos?

- Pues, eso: que fui la primera criatura engendrada en la mente y en el corazón de Dios.

- Habrás de explicarte.

- **Toma el primer párrafo de la carta de Pablo a los de Efeso, y allí te encuentras con que Dios, antes de la creación del mundo, ya había elegido en Jesucristo a los que deberían salvarse, para ser sus hijos adoptivos, santos, sin mancha y amantes en su divina presencia. Mira lo que dice: "En Cristo". Aquí está la clave de mi predestinación, y más que de la vuestra.**

- Me lo imagino. Porque tú también estabas entre tantos elegidos.

- **Sí. Pero de una manera muy distinta y muy superior. A todos vosotros os elegía Dios a la Gloria después que os veía salvados en Cristo. Primero pensó en Cristo, y después en todos los elegidos en el mismo Cristo.**

- Y tú, ¿estabas en el mismo plano de Jesucristo, o estabas en el plano nuestro?

- **Ni en el mismo de Jesucristo ni el mismo vuestro. Me hallaba en un plano totalmente singular. Dios pensó ante todo y sobre todo en Jesucristo. Pero, al pensar en Jesucristo, pensó a la vez en la mujer que había de dar su naturaleza humana al Hijo de Dios. Al determinar Dios que su Hijo se hiciera hombre, con el mismo decreto determinaba que yo fuera su Madre. Me vio entre todas las mujeres, pero fui yo la elegida para Madre suya: fui la primera en quien Dios se fijó.**

- Comprendo. Porque es imposible pensar en un hijo que va a nacer, sin pensar a la vez en una madre que lo lleve en sus entrañas.

- **Ese es mi caso. El Hijo de Dios se había de hacer hombre en mi seno. Por lo tanto, Dios no podía disociar, no podía separar mi persona de la persona de su Hijo encarnado. Y si Dios tuvo esta idea y tomó esta determinación "antes de la creación del mundo". ¿Quién fue la primera criatura engendrada? ¿Quién fue la primogénita?...**

- Algo me hacían sospechar esas lecturas que la Iglesia te aplica en tus fiestas, cuando pone en tus labios: "El Señor me poseyó al comienzo de sus obras, desde el principio, antes de que crease cosa alguna" "Yo salí de la boca del Altísimo como primogénita, antes que existiese criatura alguna"

- **Dices bien que la Iglesia me "aplica" esas palabras de los Proverbios y del Eclesiástico. Lo que se dice de la Sabiduría divina, sobre todo de la Sabiduría encarnada, se puede decir proporcionalmente de mí. Porque, en la mente de Dios, yo daba el ser de Hombre a su Hijo divino.**

- ¿Podrías decir qué hay que entender por "Predestinación"?

- **Es el plan que Dios se forma sobre una persona, a la que elige y destina para una gracia determinada, para un puesto en la Iglesia, y, en definitiva, para la Gloria del Cielo. Y esto, antes de que la persona exista; desde toda la eternidad. Todos los elegidos hemos sido predestinados.**

- Pero, tú decías que tu predestinación fue diferente, del todo singular y a la vez que la de Jesucristo.

- **Mira, Dios destina a todos a la gracia y a la gloria. A mí me predestinó a ser Madre de Dios, Madre de su Hijo hecho Hombre, Madre de Jesucristo el Redentor.**

Todas las grandezas de que me iba a revestir, y la misma gloria en el Cielo, serían una consecuencia y el coronamiento de mi elección para Madre suya.

- Quiere decir esto que Dios se quiso lucir con una mujer como tú...

- **Naturalmente que, al ser la primera elegida, pensó en mí como prototipo de toda la creación, después de Jesucristo. Al elegirme con el mismo e idéntico designio que a Jesucristo, aunque en segundo plano y siempre subordinada a El, pensó en hacerme Inmaculada y Virgen, Corredentora y Reina de Cielo y Tierra. Al mirarse en mí, todos tendrán claro el ideal de Dios sobre ellos mismos.**

- ¿Y qué vio Dios en ti, para elegirte a ti precisamente?

- **Nada. No vio absolutamente nada. No vio más que a una mujer como cualquier otra. La elección de Dios es completamente libre y sin mérito alguno del elegido. Pero, al elegir por amor, entonces se vuelca Dios sobre el elegido y lo llena de todos sus dones. Mi elección fue pura gracia. Aunque, una vez elegida, me colmó de dones inimaginables. Por eso, a pesar de mi grandeza, sigo siendo la pobrecita esclava del Señor, la más humilde de todas las criaturas.**

- Pero a nosotros nos inspiras una gran confianza.

- **Así debe ser. No olvides que Dios me eligió para Madre de Jesucristo Redentor. Yo tenía que cooperar con Jesucristo a la salvación de todos. Y, por eso también, me dio un corazón lleno de ternura para con los pecadores más necesitados. "Que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del Cielo", confesáis de Jesús. Y, por vosotros también, me unió Dios tan estrechamente con Jesús el Salvador, en un mismo destino y en una misma misión.**

LA INMACULADA

- ¿Y por qué te llamamos INMACULADA? "La Inmaculada" ha venido a ser como tu segundo nombre propio. En Lourdes le dijiste a Bernardita: "Yo soy la Inmaculada Concepción"

- **Pues, no tienes más que analizar la palabra Inmaculada: sin mancha. Para entenderlo has de remontarte al paraíso. Peca el hombre en un principio, y ese pecado de origen pasa a toda la humanidad. Nada más concebido el hombre en el seno materno, ya es esclavo de Satanás. Es pecador a la vez que hombre.**

- Y no es más que una culpa heredada. Pecamos todos por estar encerrados en Adán como la semilla en el árbol...

- **Viene después el pecado personal. Esclavo de las pasiones, y colocado en la atmósfera de pecado que rodea y penetra el mundo, el hombre añade al pecado original más y más pecados propios, grandes o pequeños, que le apartan y privan de Dios. Solamente la sangre de Jesús, que él tomó en mi seno, libra al pecador de su culpa.**

- Y tú, Señora, ¿no conociste pecado alguno?

- **Ninguno. Dios, con su omnipotencia, me libró del pecado original al mismo tiempo que era concebida en el seno de mi madre. Mi entrada en el mundo no fue noche tenebrosa, sino aurora radiante. Satanás, la serpiente antigua, retorció impotente sus anillos bajo mis pies de niña. ¿Después?...**

El pecado, hasta el más pequeñín, no tuvo entrada en mi alma. Por mi Inmaculada Concepción, fui la Toda Hermosa. Al no tener la más mínima culpa, me vi "llena de gracia".

- Además de no tener el pecado original, ¿no cometiste ni el más mínimo pecado en toda tu vida? ¿Por qué y cómo?

- **Ante todo, no tenía razón de ser el que Dios me hiciera Inmaculada, sin mancha, sin la culpa de origen en el primer instante de mi concepción, si después iba yo a cometer algún pecado personal. Si Dios me hacía Inmaculada, yo había de pasar toda mi vida sin pecado. Fue pura gracia de Dios el que yo no cometiera culpa alguna.**

-¿Y nunca te afectó ninguna pasión desordenada? Por la concupiscencia, nos dice el apóstol Santiago, nos vemos arrastrados al pecado. ¿O tú no tuviste pasiones?

- **Veo que adivinas el porqué de mi impecabilidad. Dios sujetaba de tal modo mis pasiones a la razón y voluntad, que, aun permaneciendo totalmente libre, jamás me dominaron ellas a mí, sino que yo las tuve a ellas totalmente sujetas a mí.**

- Así que tenías, sentías las mismas pasiones que nosotros...

- **Las tenía y las sentía igual que vosotros, como las tuvo y las sintió Jesús. El era perfecto hombre. y yo era perfecta mujer; y ambos debíamos tener y teníamos ese regalo de la naturaleza que son las pasiones.**

- Con todo, en algo tenían que diferenciarse de las nuestras.

- **En una sola cosa. En que vosotros las tenéis desordenadas por el pecado original, os inducen al pecado personal, y habéis de luchar contra ellas para que no os dominen. Mientras que Jesús y yo las teníamos ordenadísimas y éramos dueños absolutos de ellas. Jesús, que ya era impecable por ser Dios, no podía pecar tampoco por desorden alguno. Y yo fui también impecable, no pude pecar nunca: por privilegio de Dios y por tener las pasiones en orden perfecto.**

- Pero Señora es muy serio lo que estás diciendo. Si tú no pecaste nunca, ni con el pecado original ni con pecado personal la sangre de Cristo no te tocó. Cristo no te redimió. Tú te escapabas de la redención. Y esto es imposible... Veo que te sonríes, antes de responder...

- **¡Claro, que me sonrío! Es lo que no quieren entender tantos que me rechazan. Y es lo que durante siglos quebró la cabeza de tanto teólogo de buena voluntad, hasta de sabios amantísimos míos.**

- ¿Puedes explicármelo?

- **Con una comparación lo vas a entender a la primera. Todos los hombres sin excepción cayeron y caen, nada más hacen su entrada en la vida en la ciénaga del pecado. Por la sangre de Jesús. Dios los saca, los limpia y los hace dignos de sí. Yo, por la sangre también de Jesús, me vi libre del pecado original y después de todo pecado personal. Pero, de otra manera. Dios, por la sangre de Jesús, sacó a todos del pecado. A mí, por esta misma sangre, no me dejó caer en el fango.**

- Entonces, ¡tú fuiste más redimida que nadie! Por la sangre de Jesús, salimos nosotros de esa ciénaga inmundada del pecado, después de estar bien hundidos en él, tú, por la sangre de Jesús, ni llegaste a caer en la culpa.

- **Aun te lo diría yo de otra manera. Dios me pensó siempre como Madre suya. Siempre me miró como unida a Jesucristo Redentor. Me vio como la segunda Eva, reparadora del mundo, medianera de la reconciliación, Reina de los ángeles... Unida así a la persona, misión y reinado de Jesucristo, ¿cabía en mí pecado alguno?...**

- ¡No, y nunca! Dios podía hacerte Inmaculada. Era convenientísimo que lo fueras. ¡Y te hizo LA INMACULADA CONCEPCION! Así empezaba a honrarte el que nos impuso la ley y se la impuso a sí mismo de honrar padre y madre... Esta es nuestra lógica. ¿Acertamos o no acertamos?

- Discurrís con lógica implacable.

- Señora, al hablarnos así, uno piensa sin más en Adán y Eva inocentes. Por tu Inmaculada Concepción, tú fuiste las primicias de la nueva humanidad. En ti brilló aquella inocencia primera con que el hombre salió de la mano de Dios.

- Y, de no haber pecado en el paraíso, como yo hubiera sido el hombre. Ahora, en mí tenéis el ideal del hombre nuevo, y como yo debéis ser, y seréis un día, todos los redimidos.

- Me atrevo a pedirte, resumidas, las razones por las cuales Dios te hizo Inmaculada. Ya las has dicho. Pero me gustaría nos dijese las conveniencias de este privilegio tan adorado, así, sin teologías muy altas...

- Yo te daría tres razones, aunque tu mismo las puedes adivinar si discurre un poco.

Primera. Ante todo, para honor de Dios. Quería Dios una madre digna de sí. Y no podía consentir que el demonio le dijera un día de su madre: "¡Y esa madre tuya, fue antes esclava mía!". No, esto no lo podía tolerar Dios.

- Dime la segunda razón.

- Para gloria mía. ¡La única, la única sin mancha! Belleza sin par, con la que Dios me engalanó.

- ¿Y la tercera?

- Por vosotros mismos. En mí encontráis el ideal de Dios sobre vuestra vida. Aunque caídos un día en el pecado, un día, sin embargo, conseguirá Dios esa pureza Inmaculada para la que os eligió en Cristo. Ya lo veréis, cuando Jesucristo presente la Iglesia a Dios como su Esposa sin mancha, Inmaculada, radiante de hermosura. En mí os dio realizado, como un avance y en toda su perfección, ese ideal divino. Miradnos unidas en el mismo misterio a mí y a la Iglesia. La Iglesia, siempre la Iglesia retratada en mí...

- Empiezo a vislumbrar, Señora, eso de que Dios hizo en ti maravillas.

- Ya os lo dijo con gracia el simpático poeta Berceo, en los albores de vuestra literatura hispana: "Sennores e amigos, entramos en grand pozo, fondo nol trovaremos"...

LA HIJA DE SIÓN

- Ahora que con la luz de Pentecostés vemos más claramente toda la revelación, nos gusta leer el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo. Y te damos con fruición un nombre muy bello de los profetas, y que tú me insinuaste ya una vez: LA HIJA DE SION. ¿Qué queremos decir con él?

- No busques en la Biblia ese nombre como propio mío, aunque el Concilio lo aceptó y dijo que conmigo, "la más excelsa hija de Sión", se cumplía la plenitud de los tiempos y empezaba la era mesiánica, al darle yo a Dios su naturaleza humana.

-¿Por qué eres tú la más excelsa hija de Sión?

- Porque sobresalí entre todos los humildes y pobres de Yahvéh, que esperaban de El con confianza la salvación. En mí desembocaban aquellas reliquias del verdadero Israel, "el resto" que no se contaminó con la idolatría, se salvó de la infidelidad, y se libró del castigo de Dios.

- Entonces, ¿quién es, en el lenguaje bíblico, la "Hija de Sión"?

- Para los profetas, es el pueblo de Israel. Para vosotros, que leéis muy bien la Biblia a la luz plena de la revelación, soy yo, personificación del pueblo que esperaba la realización de la promesa. Y me llamáis muy bien, con nombre propio y bonito, La Hija de Sión.

- ¿Qué dicen los profetas sobre Israel, como hija de Sión?

- Para Ezequiel, Israel es la esposa de Yahvéh, el cual le dice: "tú creciste, te desarrollaste, y llegaste a la edad núbil. Entonces pasé junto a ti, y te vi. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Me comprometí con juramento, e hice alianza contigo, y tú fuiste mía".

- ¡Qué lenguaje tan idílico el de Ezequiel!...

- Y así vivió Israel sus amores con Yahvéh, teniendo el Templo, sobre la colina de Sión, como signo y morada de aquel amor de esposos entre Dios y su pueblo. Pero Israel se prostituyó con otros dioses, y abandonó la alianza. Dios le castigó con el destierro para corregirlo, aunque le mantuvo su palabra de amor eterno, porque es El fiel.

- ¿Israel, desterrado, se sabía amado por Dios? ¿O perdió toda esperanza? Esposa infiel, ¿pensó que Dios la divorciaba para siempre?

- No, los profetas le mantuvieron viva la esperanza. Jeremías le había dicho: "Vuelve, virgen de Israel, vuelve a estas ciudades... Pues Yahvéh ha creado una novedad en la tierra: la Mujer ronda al Varón".

- Quiere decir, seguramente, que Israel volverá a su Dios, buscándole de nuevo apasionadamente.

- Por eso le seguía diciendo Dios con Zacarías: "Exulta sin freno, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén". Y más aún con Sofonías: "¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel!... Yahvéh, Rey de Israel, está en medio de ti".

- ¿Todo el pueblo esperaba así de confiado? ¿Todos los israelitas participaban de la misma alegría?

- No. Este júbilo era privativo del "Resto". Nada más una pequeña porción del pueblo seguía siendo fiel. Los demás, llamados "ricos" por la Biblia, no participaban de la esperanza del "Resto", que éramos "los pobres de Yahvéh".

- En todas esas profecías salen nombres misteriosos aplicados al pueblo, llamado "esposa, madre, virgen, morada" Todo eso llama Dios a la supuesta hija de Sión. ¿Es ésta la razón de que te demos después a ti este nombre?

- Sí. Porque, aunque en esos oráculos no se hable expresamente de mí, de hecho esas profecías se realizaron en mí plenamente y antes que en nadie. En mí fueron realidad total esas imágenes tan bellas. Y conmigo empezó la era mesiánica. En mí se centró todo el resto, y por mí traía Dios al mundo el prometido Salvador.

- Cierto. En ti vemos a esa mujer misteriosa que en los profetas personifica a Israel Y eres la Esposa más fiel, la Virgen más pura, la israelita, Madre del Mesías, la Morada y Templo por antonomasia de Dios, a quien llevaste en tu seno. La pobre esclava del Señor, como tú te declaraste, vio cumplidas en sí todas las profecías hechas con tanto amor a la Hija de Sión. Si tú no eres LA MUJER de la Biblia, la del Génesis, la de Caná, la del Calvario, la del Apocalipsis, ¿quién lo es?...

- Y ahora sigo siendo la personificación de la Iglesia, nuevo Israel de Dios. En mí estáis representados los pobres, los vacíos de orgullo, los sencillos de corazón, que acogéis con docilidad la Palabra y os dejáis llenar de Dios. Como estuve llena yo. En mí, por el Mesías, Dios que di a luz, se centró todo Israel; por mí cumplió Israel su

misión de dar el Mesías al mundo, y conmigo empezó a existir el nuevo Israel de Dios. Con mi acogida humilde de la Palabra, fue una realidad en el mundo el "Dios-con-nosotros".

- Hija de Sión, ¡qué alegría nos infundes con tu humildad y pobreza!

- Y os digo las mismas palabras de mi Hijo: "¡No temáis, pequeñito rebaño. Porque Dios se ha complacido en daros el Reino!".

LA MADRE DE DIOS

- ¡Con qué seguridad que hablas del Mesías Jesús como Hijo tuyo! Y, mejor que todos nosotros, sabes que Jesús es Dios. Y que tú, por lo mismo, eres la MADRE DE DIOS. ¿Podrías explicarme el alcance de esta tu maternidad divina?

- ¡Ay, hijito mío! Aquí sí que te vas a perder... Para entender mi maternidad divina tendrías que entender a Dios, y eso es pretender meter toda el agua de un mar infinito en el vasito tan diminuto de tu cerebro.

- Bien, me contentaré con alguna que otra idea.

- Empiezo por repetirte aquello que te dije respondiendo a tus primeras preguntas. Mi maternidad divina yo la viví en la fe. La Resurrección de Jesús y Pentecostés iluminaron con nuevos resplandores lo que vi y entendí en la anunciación del ángel.

- ¿Y lo que entiendes ahora, que estás en el Cielo?

- Ahora, al ver al Hijo de mis entrañas, a mi Jesús, sentado a la derecha del Padre, constituido SEÑOR, y a medida que penetro más y más en el piélago infinito de la Divinidad, me asombro más y más también de la dignidad mía, infinita en cierto modo, por la dignidad infinita de Dios, cuya Madre soy.

- ¿Podrías darme alguna explicación de cómo y por qué eres Madre de Dios? Se entiende perfectamente que seas Madre de Jesús, del Mesías, que es hombre. Pero. Madre de Dios, Madre del mismo Dios, a nosotros cuesta más entender.

- Es natural que os cueste. Y, sin embargo, la explicación es relativamente sencilla. Yo, simple criatura salida de la mano de Dios, no puedo ser madre de la divinidad, infinita y eterna. Para ser madre de la divinidad, tendría que ser yo eterna y ser también Dios. Y esto, como ves, es imposible y es absurdo. No soy ninguna diosa. No soy Dios. Soy una simple mujer.

- Eres una simple mujer, hermana nuestra. ¿Cómo, pues, llegaste a ser la Madre de Dios?

- Porque el Hijo de Dios, Dios verdadero, tomó en mis entrañas de mujer una naturaleza humana. El Hijo de Dios asumió esa naturaleza humana que yo le di, y la unió en una sola Persona a su Divinidad. El Hijo de Dios, hecho Hombre, no tiene más que una sola Persona, que es divina, que es Dios. Y yo soy la Madre de esa persona en su naturaleza humana. Soy Madre de esa Persona que es Dios.

- ¿Estás, por eso entroncada con Dios Padre?

- ¡Y tanto que lo estoy! Dios Padre no tiene más que un Hijo, el Hijo de Dios. Y ese Hijo que el Padre engendra como Dios desde toda la eternidad, es el mismo Hijo que yo engendré como Hombre en el tiempo. La persona divina del Hijo encarnado no tiene más Padre que a Dios, ni más Madre que a mí. Sólo conmigo ha compartido Dios Padre su paternidad divina. Jesús es tan hijo mío en cuanto Hombre como es Hijo del Padre Eterno en cuanto Dios.

- Se por la historia que en los primeros siglos de la Iglesia, el hereje Nestorio te quiso despojar de la corona de tu maternidad divina, pero el Concilio de Efeso, el año 41, declaró dogma de fe lo que siempre había creído y cree la Iglesia. que eres Madre de Dios. ¿Cómo se le ocurrió a Nestorio semejante herejía?

- **Muy sencillo también de explicar. Nestorio decía que yo era la Madre de Jesús, pero no de Dios. Su error estaba en poner en Jesús dos personas, así como tiene dos naturalezas. Según él, yo era madre de Jesús hombre, pero no de Jesús Dios. Y no se daba cuenta, o no quería creer, que en Jesús hay una sola Persona, que es divina, que es Dios. Y que yo soy la Madre de esa Persona que es Jesucristo, Hombre verdadero y Dios verdadero.**

- Algo así, entonces, como nos ocurre con nuestros padres. Ellos engendran nuestra parte material, nuestro cuerpo, porque el espíritu sale directamente de la mano del Dios creador. Y, sin embargo, son padre y madre nuestros, de nuestro ser entero, de nuestra persona, que es la última perfección que nos constituye hombres. Son padres de nuestro yo, como os gusta decir hoy.

- **Exacto, exactísimo. Yo fui la Madre de esa persona que era Jesús, el cual era Dios. Jesús decía: "YO nací de María", con la misma verdad con que aseguraba: "YO nací de Dios".**

- Si eres Madre de Dios, se entiende ahora tanto privilegio de Dios sobre ti.

- **Es el ABC de la doctrina que podéis saber sobre mí. En mi maternidad divina radican todas mis grandezas. Todo lo que hizo Dios por mí, lo realizó porque yo era su Madre. Desde mi concepción Inmaculada y mi virginidad, hasta mi asociación con Cristo en la Cruz mi ascensión y reinado sobre los ángeles y santos, todo, todo me viene porque yo la Madre de Dios.**

- Con tu maternidad divina me llevas hasta los límites del infinito, que no tiene límites. Aquí uno se pierde...

¿No es esto demasiado grande, Señora?

- **Grande cuanto quieras, mi hijito. Porque Dios puede crear millones de mundos mayores y mejores que el que contemplan tus ojos; pero no puede crear, porque no puede ser creada, una maternidad mayor que la mía, ¡que soy la Madre de Dios!...**

LA MADRE NUESTRA

- Señora, no te he querido interrumpir, porque estaba embobado ante lo que me explicabas. Pero, por dos veces, me has llamado "hijito" ¿Eres de veras mi MADRE? ¿Soy de veras hijo tuyo? ¿O sólo te llamas mi madre y a mí me llamas tu hijo?

- **Hijo mío, ¡yo soy tu Madre! tu verdadera Madre. Porque te llevé en mi seno. Porque te di a luz. Porque cumplo contigo todas las funciones maternas. Soy la MADRE ESPIRITUAL de todos los hombres.**

- ¡Cuántas cosas me has dicho en tan pocas palabras! ¡Y ahora sí que quiero saborear bien todo lo que me digas! Tomo tus palabras. ¿Qué me llevaste en tu seno? ¿Cuándo y cómo?

- **Te llevé en mi seno cuando en él llevaba a Jesús. Piensa que Jesús, desde su concepción en mis entrañas, estaba dotado con la cualidad de Cabeza de la Iglesia. Y yo encerraba en mi seno a Jesús entero: a Jesús Cabeza y a Jesús miembros.**

- Por lo mismo, ¿tiene que ver tu maternidad espiritual con ese dicho: "el cristiano es Cristo"?

- **Absolutamente. Jesús, individualmente, es sólo la persona de Jesús. Pero el CRISTO TOTAL es Jesús y todos sus miembros. Esta es la realidad mística inexplicable entendida por Pablo, que escuchó ante las puertas de Damasco: "¿Por qué me persigues?". Y yo soy la Madre del Cristo total: al concebir a Jesús físicamente, concebía espiritualmente al Cristo místico, os concebía a todos vosotros.**

- ¿Y nos concebiste libremente?

- **Lo hice con la misma libertad y responsabilidad con que dije: "Hágase en mí según tu Palabra". Así como Eva os perdía libremente en el paraíso, con la misma libertad aceptaba yo en mi seno la Palabra que os devolvía la vida. Eva, por su cooperación con Adán, se convertía en la madre de los muertos por el pecado; yo, por mi cooperación con el Nuevo Adán, me convertía en la Madre de todos los vivientes según la Gracia.**

- Y dices que nos diste a luz ¿en algún momento determinado?

- **Vuestra gestación en mí siguió el mismo proceso que la redención obrada por Jesucristo. Pero yo te diría que, concebidos todos entre los gozos del día de la anunciación, os di a luz entre los dolores terribles del Calvario.**

- Si ya eras Madre nuestra desde la encarnación del Hijo de Dios en tu seno, ¿qué vino a hacer la donación de Jesús en la cruz?

- **Podrías ver en ello varias cosas. Primera, que Jesús, con su "Ahí tienes a tu hijo, ahí tienes a tu madre", declaraba lo que ya era yo desde antes: vuestra Madre. Segunda, que empezaba a ser Madre vuestra por un nuevo título de dolor y de gloria. Y tercera que por ser la Palabra de Dios creadora si no hubiera sido ya vuestra Madre y vosotros mis hijos, en ese instante hubiésemos empezado a serlo.**

- Un escrito antiquísimo de la Iglesia, -es nada menos que del gran Orígenes- dice ingeniosamente que Jesús no dijo en la cruz, señalando a Juan: "He aquí también a tu hijo", porque eso hubiera significado que tú tenías otro hijo diferente de Jesús. Sino que dijo: "He aquí a Jesús, tu hijo" Y dice que se refería a cada cristiano en quien vive Cristo. Al no ser más que UNO Cristo y el cristiano, te hablaba del único Hijo que tú tienes...

- **Orígenes no solamente derrochó "ingenio", sino que os dijo una gran verdad. Y os da a entender lo que pensó acerca de mí la Iglesia desde un principio: que soy vuestra Madre espiritual por el hecho de ser la Madre de Jesús.**

- Has dicho antes que cumples con nosotros oficios maternos. ¿Podrías especificarme cuáles son?

- **Por ejemplo, el ejercicio de la mediación de las gracias y el abogar por vosotros. Yo os amo, os mimo, os defiendo, os guardo, os alimento con la Gracia. Mi solicitud por vosotros es constante, ininterrumpida, eficaz. Os llevo pegados a mis pechos de Madre y os estrecho entre mis brazos, hasta veros seguros en la Gloria.**

- ¿Y de quiénes eres Madre, y de quiénes no lo eres?

- **Mi maternidad es universal; Y aunque soy Madre plenamente de los que viven en Cristo, no dejo de serlo hasta de los más alejados de su salvación. A éstos les dispenso todas las gracias necesarias para conseguir su vuelta definitiva a Jesús, y por Jesús a Dios. Únicamente los condenados del infierno, por su incapacidad absoluta e irremediable para volverse a Dios, han dejado de ser hijos míos.**

- Tienes que atesorar mucho amor para querer a tantos hijos...

- **Al darme Jesús la maternidad espiritual sobre todos los hombres, ensanchó las capacidades de mi corazón hasta límites insospechados. Una madre de doce hijos, por ejemplo, ama a todos y cada uno de ellos igual y más que la madre de sólo dos niños. Y**

yo amo a millones y millones como si no tuviera más que uno. Por otra parte voy a aceptar el ingenio de Orígenes, yo no tengo más que UNO solo: Jesucristo y TODOS sus miembros...

- Al señalar tus oficios maternales, no me has dicho si eres también nuestra formadora. ¿Entra en tus ocupaciones el formar a tus hijos?

- ¡Vaya que si soy vuestra formadora! Como lo fui de Jesús. A Jesús, como hombre, lo formé yo. De mí aprendió la lengua nativa, las oraciones de Israel, las formas de educación social... Sicólogos, -y no sólo teólogos y escrituristas- que analizan el Evangelio, os dicen que esa nobleza de sentimientos y esa delicadeza tan caballerosa que se observa en Jesús, solamente los pudo aprender de una madre. ¡Qué razón tienen!...

- Pero, nosotros, ¿cómo nos formas?

- Infundiéndoos los sentimientos de Jesús, los mismos míos; inspirándoos delicadamente lo que debéis hacer; iluminándoos y robusteciéndoos siempre con gracias actuales... ¡Dejaos formar por mí, y veréis qué cristianos resultáis! Aquel joven Francisco Possenti -hoy San Gabriel de la Dolorosa- se decía ante cualquier deber: "¿Y se lo negarás a María?". En poco tiempo escaló los altares. Teresita González Quevedo se propuso y me prometió: "Que quien me mire, te vea". Resultó una estampa mía perfecta. Y a sus veinte años me la llevaba yo al Cielo, colmada de santidad.

- ¡Madre, madre!... Hasta ahora le estaba llamando "Señora". A lo mejor te gusta más que te llame "Madre"...

- ¡Gracias a Dios, que al fin caes en la cuenta! ¡Ya era hora! Llamadme Señora, Abogada, Reina, y lo que queráis. Porque soy todo eso. Pero, ¡por favor!, no olvidéis que soy ante todo y sobre todo vuestra Madre. ¡Madre, mamá, mamacita!... Decídmelo, que me vuelvo loca de alegría cuando así me llamáis...

LA VIRGEN

- Bien, Madre -mamá para que te pongas bien contenta- me quiero meter en algo muy interesante, de suma actualidad Eres madre. Y más madre que nadie. ¿Cómo es que eres también VIRGEN? Tanto como "María" o "La Inmaculada", decimos, sin más, LA VIRGEN tu nombre también más propio. ¿Por qué?

- Te metes ahora en la realidad mía más bella. Unir en un mismo tallo la flor y el fruto, juntar en una misma mujer los encantos de la muchacha y la grandeza de la madre, es un prodigio que Dios quiso hacer en mí y sólo en mí. Así quiso honrar a su Madre. Así lo hizo, y así es.

- ¿Cómo entendiste tu virginidad en relación a tu maternidad?

- Fue una iluminación clarísima del Espíritu Santo. Al anunciarme el ángel la encarnación del Hijo de Dios, me aseguraba al mismo tiempo que su concepción sería virginal. Mi virginidad así conservada y consagrada por Dios, me hizo ver que mi Hijo no tenía que ser más que Dios. Una virginidad fecunda sólo podía engendrar a un Dios.

- ¿Cuál fue la razón más profunda de tu virginidad?

- Hay que buscarla sólo en Dios. El Padre no podía compartir con nadie la paternidad sobre su Hijo, a no ser con una mujer madre. El Hijo encarnado no debía

tener más Padre que a Dios. Y el Espíritu Santo se había de reservar inviolado aquel tálamo en el que, por obra suya, tomó carne el Verbo de Dios.

- ¿Tiene que ver algo tu virginidad en el misterio de la Iglesia?

- **Dios, con mi virginidad fecunda, no me hacía solamente la mujer más hermosa, -ninguna Miss Universo me vencerá jamás- sino que expresaba en mí lo que quería de toda la Iglesia después. No compartiendo mi amor con nadie, sino centrado todo en Jesús, era la virgen fiel, con amor indiviso a Cristo. Era virgen y madre, como lo sería la Iglesia, que virginalmente concebiría y daría a luz a los hijos de Dios, y que con amor casto y único amaría a Jesús, sin coquetear jamás con otro dios.**

- ¿Y por qué después de tener a Jesús permaneciste siempre virgen?

- **Fue cosa de Dios. Con una iluminación especial suya, bajo su dirección y con su fuerza, José y yo aceptamos la virginidad más íntegra. Mi virginidad fisiológica era expresión y signo de mi amor indiviso a Cristo y de mi entrega y consagración exclusivas a su persona, a su vida y a sus intereses.**

- Has mencionado a José. ¿Qué papel jugó en tu virginidad?

- **A José le ocurrió lo que a mí en la anunciación. Cuando recibió el oráculo del ángel, adivinó el misterio: el niño que venía de virginidad no podía ser más que Hijo de Dios. Por eso, ante el misterio obrado por el Espíritu Santo en mí, respetamos el plan de Dios. Y José, el hombre más formidable que os podéis imaginar, verdadero esposo mío, se convirtió en el custodio de mi virginidad. Jesús, nacido en el matrimonio, pero no del matrimonio, fue hijo no solamente legal, sino hijo virginal de José. A Jesús consagramos nuestra virginidad: fuimos los primeros vírgenes cristianos.**

- Hubisteis de necesitar mucha gracia de Dios...

- **La gracia nos invadió totalmente, desde luego. Olvidaos de las palabras lucha y tentación, pero no de la palabra mérito. José y yo renunciamos libre y generosamente al derecho que nos daba nuestra condición de esposos verdaderos. Fue la nuestra una virginidad gozosa, entregada al Hijo más encantador y adorado.**

- ¿Hemos de decir que eres Virgen perpetua también por nosotros?

- **No lo dudéis. Al permanecer yo siempre Virgen, todos vosotros os miráis en mí, como abanderada y defensora de vuestra pureza. Todos tenéis en mí a vuestro modelo. Igual los jóvenes que los esposos o las vírgenes consagradas al Señor. Porque yo fui joven novia, fui esposa y fui virgen consagrada. Quien me tiene por ideal, conserva su amor siempre vigoroso y lozano. Por algo me llamáis la Madre del Amor Hermoso...**

- Pero, Madre, no todos admiten esto de tu virginidad perpetua. Muchos de los hijos que Dios te dio, y hermanos nuestros separados, te niegan rotundamente este privilegio. Admiten, a lo más, que la concepción de Jesús fue virginal; pero aseguran que después tuviste otros hijos. Y se basan en el Evangelio, que habla de los hermanos de Jesús. ¿Qué explicación nos das? ¿Cómo nos lo aclaras tú?

- **Tres razones muy sencillas. Primera, que en nuestro lenguaje semita prácticamente no existe la palabra "primo". Y "hermano" comprendía desde el hermano carnal, hijo del mismo padre y la misma madre, hasta el eslabón más lejano de la parentela. Y quienes toman a esos hermanos de Jesús como hijos carnales míos, no se dan cuenta de que, al menos en un caso, caen en palpable contradicción con el Evangelio. Porque José y Santiago, citados por Mateo como hermanos de Jesús en el capítulo trece, son mencionados en el capítulo veintisiete como hijos de otra María...**

- ¿Me das otra razón?
- **Afecta al honor de Jesús. Si yo hubiera tenido otros hijos, ¿crees que Jesús me hubiera confiado en la cruz a Juan, un extraño al fin y al cabo? ¿Concibes en Jesús un desprecio semejante a mí?**
- No, desde luego. En absoluto. ¿Y cuál es la tercera razón?
- **Acude a Pablo, que no habló de mí, pero pone los fundamentos más sólidos de mi doctrina. Dice que los dones de Dios son sin arrepentimiento, irreversibles. El no se retracta nunca cuando hace un regalo. Si a mí me hizo virgen en la concepción y nacimiento de Jesús, ¿qué razón de ser tenía semejante gracia, si después no me iba a conservar virgen? O Dios se arrepentía de su regalo y me retiraba su gracia, o yo era la más ingrata e infiel de las criaturas. ¿Admites tú cualquiera de estos dos extremos?**
- ¡No, Madre, ni por asomo! Para mi, como para toda la Iglesia desde el principio, tú serás la Virgen perpetua e intégerrima, digan lo que digan quienes no entienden las Escrituras ni el poder de Dios.
- **Gracias, hijo, porque tú no eres de los que me niegan mi más bello timbre de gloria.**

LA CORREDENTORA

- Madre, tu vida es un encanto. Pero hay un momento en que se vuelve tragedia, me refiero al Calvario. ¿Cuál es tu oficio al pie de la cruz?
- **Me llamáis la Reina de los Mártires, ¡y ya decís bien, ya! Porque lo fui de veras. No ha habido hijo como mi Jesús, ni madre como yo, y puedes imaginarte -aunque te resultará imposible- cuál fue mi dolor. Estaba prevenida con la profecía de Simeón, pero no me pensaba que la espada iba a ser tan afilada ni que llegase tan adentro... Si no hubiera sido por el Calvario, tanto mi maternidad divina como la espiritual de todos vosotros, hubieran sido muy fáciles y muy felices.**
- **Pero Dios quiso que fuese la madre de más dolor. Así sería también la madre de más amor.**
- ¿Me explicarías el alcance del título que te damos de CORREDENTORA?
- **Te diré antes lo que los teólogos entienden por Redención. Esta no es más que la liberación del pecado, de la muerte y de la condenación eterna en que la humanidad estaba hundida por la desobediencia de Adán. Jesús, en la humanidad que tomó de mis entrañas, realizó en sí mismo esta redención. Por su humilde obediencia al Padre, quedaba deshecha la orgullosa desobediencia de Adán. Ahora, es cuestión de llevar o aplicar a cada hombre esta redención que le mereció Jesús.**
- El Concilio último nos habló de ti como nunca lo había hecho el Magisterio de la Iglesia. Y en él leo un párrafo que, si no estoy equivocado, es una explicación o interpretación de lo que tú me estás diciendo:

"Hecha Madre de Jesús y, abrazando la voluntad salvífica de Dios con todo el corazón y sin impedírselo pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención bajo El y con El, por la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, los Santos Padres creen que María no fue empleada por Dios de un modo meramente pasivo, sino que cooperó a la salvación humana con una fe y obediencia libres. Porque ella, como dice San Ireneo, "obedeciendo se hizo causa de salvación para sí y para todo el género humano".

- Aquí habla de ti el Concilio casi como hablaría de Jesucristo, el único Redentor y Mediador.

- Jamás el Magisterio de la Iglesia hablará de mí como de Jesús ni me pondrá en su mismo nivel. Dices muy bien: "el único Redentor y el único Mediador". Pero Jesús quiso asociarme a mí a su redención y a su mediación. Al renunciar, en acto de obediencia, a mis derechos de Madre e ir con El hasta el Calvario, donde sufrí horrores, Dios asumía mi sacrificio con el de Cristo, y, siempre en segundo plano y subordinada a El, tomaba mis méritos con los de Cristo para vuestra salvación. Si no hubiera ido hasta la cruz con mi Hijo, no hubiera sido digna Madre de El. Fui, y Dios me aceptó como Corredentora vuestra. Estuve junto a Jesús al llegar su Hora, como estuvo Eva al lado de Adán cuando éste pecó: el uno os salvó con la cooperación de la Mujer, igual que el otro os había perdido con la colaboración, también activa, de otra mujer.

- Tú, entonces, desempeñaste a perfección el papel de Eva la loca, pero al revés.

- Aquí repetiría lo que te respondí cuando me preguntaste por el papel que Juan me hace jugar en su Evangelio. Soy la Mujer, la Nueva Eva. Lo que hizo la primera quedó deshecho por lo que hizo la segunda. Para Pablo, el causante de toda la desgracia de la humanidad fue el primer Adán, que pecó instigado y con la complacencia de la mujer, la primera en pecar. Todo quedó reparado por el segundo Adán, mi Jesús, que, antes de ser Jesús, antes de ser hombre, pidió por el ángel mi consentimiento. Yo lo di. Le ofrecí formar su humanidad en mi seno. Y -acabo de decírtelo- en el instante supremo, en su Hora, allí estaba yo compartiendo sus dolores atroces. Yo era la Mujer. "Mujer", me llamó Jesús al confiarme a Juan por hijo y darme a él por madre. Soy, como Corredentora, la nueva Madre de todos los vivientes, agraciados por la Redención de Cristo.

- Debe ser muy importante este paralelismo entre Adán y Cristo, entre Eva y tú, cuando me lo has explicado repetidamente en varios de los temas que te he propuesto. Yo voy hilando muchos hechos del Nuevo Testamento. Para Pablo, Jesús fue un "nacido de mujer" Según Lucas, esa mujer, tú, aceptaste libre, activa y responsablemente la encarnación del Verbo, y te ligaste a la suerte dolorosa de tu Hijo, no rechazando la espada afilada que Dios te ofrecía por la palabra de Simeón. Juan te presenta como la Mujer bíblica por antonomasia. En una palabra, que te vemos siempre unida a Jesucristo Redentor, y te debemos la gracia de Cristo igual que debemos a Eva totalmente unida a Adán, nuestra anterior desgracia

- ¡Bien, por el discípulo!

- ¡Gracias, por tal profesora!... Pero, permite una última duda sobre este oficio corredentor tuyo. Siempre ha existido en la Iglesia el sacrificio reparador de muchos cristianos, y el hacerse voluntariamente víctimas por los pecados de los hombres. Pablo dice de sí mismo: "sufro en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia". A los niños de Fátima, tú les pedías oraciones y sacrificios voluntarios para salvar a tantos que están en peligro de condenarse eternamente... ¿Es corredentora nuestra reparación, como lo fue la tuya?

- Sí, y no. Vosotros alcanzáis la gracia de la conversión para esos pecadores, mientras que Jesús mereció esa gracia. Y a mí me unió a ese merecimiento suyo. Lo que yo merecí, unida a Cristo, vosotros lo aplicáis con vuestras oraciones y sacrificios a los pecadores. No es lo mismo merecer que aplicar.

- Pero estos sacrificios de tantos cristianos valen mucho ante Dios, ¿no es así?

- **Jesús se ha solidarizado con los miembros de su Cuerpo Místico, y une a su sacrificio redentor -sobre todo en la Eucaristía que lo actualiza- todo ese cúmulo de merecimientos. Jesús sigue salvando al mundo con el enfermo que sufre, con el alma piadosa que reza, con el cristiano generoso que se sacrifica...**

- Veo, Madre, que te debemos mucho. Conmemorar los dolores de tu Corazón no es una devocioncita cualquiera

- **Como no lo es conmemorar la Pasión de Jesús, por ejemplo con el Viacrucis. Al pie de la cruz seguí diciendo;**

"Hágase en mí según tu voluntad". Ofrecí a Dios mi Hijo con obediencia sumisa. Jamás entenderéis los sufrimientos de mi corazón. Y sois, por eso, hijos de mi amor y de mi dolor. ¿Entendéis por qué os quiero tanto?...

LA MADRE DE LA IGLESIA

-
Modernamente, Madre, te damos un título que nos enorgullece. MADRE DE LA IGLESIA. No encontramos en la Biblia esta expresión, pero su realidad es tan antigua como el cristianismo. Hoy te llamó oficialmente así el Papa Pablo II en medio de un atronador aplauso de los Padres del Concilio, los Pastores que el Espíritu Santo puso al frente del Pueblo de Dios. Sabemos que es así. Pero, ¿puedes aclararnos tú algo?

- **Acude a lo que os dijo entonces el mismo Papa: Yo soy la Madre de la Iglesia "por ser Madre de Aquel que, desde el primer instante de la Encarnación en su seno virginal, se constituyó en Cabeza de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia".**

- ¿Eres Madre de la Iglesia desde la anunciación del ángel?

- **Si. En la encarnación del Verbo engendré también a la Iglesia. En aquel momento. Jesús empezó a ser Cabeza de todos los redimidos, y a todos os llevé espiritualmente en mi seno. Un Papa de la antigüedad cristiana, el gran San León Magno, os dejó escrito: "La generación de Cristo coincide con el origen del pueblo cristiano; el nacimiento de la Cabeza es también el nacimiento del Cuerpo entero".**

- Solemos decir que la Iglesia nació del costado de Cristo, dormido en el árbol de la cruz: clara alusión a Eva que sale del costado de Adán, dormido bajo las frondas del paraíso. Tu presencia en el Calvario, tuvo algo que ver con tu maternidad sobre la Iglesia?

- **Allí siguió firme mi "hágase en mí según tu Palabra" de la anunciación. La Hora de Jesús fue también mi gran Hora. Allí estaba yo consintiendo y participando libremente en el alumbramiento dolorosísimo de la Iglesia. En el lenguaje del cuarto Evangelio -que habla siempre en doble sentido: el real y el simbólico, Juan representaba a todos los nacidos de la Gracia, y nacían del Corazón del Redentor y de mi Corazón dolorido de Madre.**

- Pero la Iglesia no fue proclamada solemnemente hasta Pentecostés, ¿jugaste allí también algún papel?

- **Allí estaba yo como corazón. El grupito del cenáculo era la primera célula de la Iglesia. Todos orábamos a Jesús para que cumpliera la promesa de enviarnos el Espíritu Santo. En aquella espera de Pentecostés, uniendo las oraciones de los discípulos, era yo como la síntesis de la Iglesia suplicante, que, al fin, atrajo el Espíritu Santo prometido, alma y vida del Cuerpo místico de Cristo.**

- Y una vez nacida y constituida la Iglesia, ¿qué papel desempeñabas tú en ella?

- **Jerárquico, ninguno. Aunque tenía el máximo de los carismas: el amor sin medida. Pedro y los Apóstoles eran el fundamento visible y el nervio del Pueblo de**

Dios. Yo era la Madre, siempre oculta discretamente en la primera comunidad, pero llenándolo todo de calor. Los Apóstoles y los primeros cristianos me llamaban cariñosamente "La Madre del Señor Jesús". Me querían todos, y yo los amaba. En ellos encontraba afecto, y yo les volcaba mi corazón. Era, con toda verdad, la Madre de la Iglesia naciente.

- Y ahora, desde luego, sigues siendo en el Cielo la Madre de la Iglesia.

- Dios la ha confiado a mis cuidados maternales. Madre de los fieles y de los pastores, Madre de todo el Pueblo de Dios, mientras estoy llena en la visión beatífica no tengo más preocupación que vosotros. En los títulos que me dais de "Auxilio de los cristianos", "Salud de los enfermos", y muchos más, lo decís todo. Os cuido. Os protejo. Os defiendo. Atraigo de continuo sobre vosotros el Espíritu Santo, que por mí sigue formando a Jesús espiritualmente en vuestras almas, como lo formó físicamente en mi seno. La Iglesia, para mí lo mismo que para Jesús, es la niña de mis ojos y el tesoro de mi corazón.

- Ante lo que tú me dices, veo que le sobraba razón a Pablo VI cuando decía que "la unión con Cristo no podemos pensarla separada de aquella que es la Madre del Verbo encarnado, y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación"

- "Para vuestra salvación": esta es la razón principalísima por la que Dios me quiso Madre de la Iglesia.

- ¿Y qué me dices de los hijos que se separaron de ti, formando otras iglesias, que rechazan tu culto, y que no se detienen ni ante la blasfemia. Tú eres uno de los obstáculos mayores para la inteligencia entre los cristianos.

- ¿Tú lo crees? Son muchos los que piensan lo contrario, y ven en mí el primer paso para el logro de los fines del ecumenismo... La Madre no puede ser causa de discordias. ¿A que al fin triunfa mi Corazón? ¿A que al fin esos hijos míos, que ahora me rechazan, llegan a ver que no pueden seguir venerando la Biblia si no aceptan la Palabra de Dios, que pone en mis labios la profecía y el querer divinos: "¿me llamarán dichosa todas las generaciones"?... ¿Sabes que hay iglesias separadas que empiezan a añorarme, y ya están volviendo sus ojos a mí?... Te repito: ¿a que al fin triunfa mi Corazón?

- ¡Pronto, Madre, pronto!... Pero, me vienen ganas de hacerte una pregunta indiscreta. ¿Te enteras en el Cielo de lo que publican nuestros periódicos y revistas?...

- Por lo que acabas de decir me recuerda el párrafo de un escritor protestante, alma noble, grande por lo visto, que vertió en unas líneas toda la angustia del corazón que está sin madre.

- ¿No me lo podrías leer?

- Lo tengo a mano. Porque te quería recordar a los hermanos separados que aún te aman. Mira lo que escribió, hace ya sus años....

"La Iglesia Evangélica es demasiado fría. Tiene necesidad de calor. ¿Quién se lo podrá comunicar? Es mi convicción que debemos volver a nuestra Madre María. Y Ella, la cara y bendita Madre de Dios, infundirá también calor a nuestra Iglesia. Sí, nos falta María. Debemos, pues, volver a nuestra Madre María. Entonces reflorecedrán en nuestros labios las canciones de la Virgen, bellas como rayo de luna, puras como gotas de rocío; entonces adornaremos de nuevo nuestras iglesias con las flores del campo, con las hojas de los bosques... Entonces surgirá Ella en nuestros corazones más radiante que nunca en su pobreza y en su pureza... Y nosotros celebraremos la fiesta de la Visitación, porque la Virgen habrá regresado a nuestras iglesias... Y entonces, ¿quién sabe?, aquellos que se

marcharon de entre nosotros, volverán... A nosotros nos falta María. ¡Oh, sí, volvamos a nuestra Madre María!"

- **Gracias por repetirme lo que yo me sabía más que de memoria. ¿Te imaginabas que un hijo como ése, que así escribió de mí, no estaba bien encerrado en mi corazón? Aquel 25 de Enero fui la primera en comprar el Volkserziehve, el periódico de tus hermanos protestantes de Berlín...**

- Aunque te contemplamos tan alta como Madre de Dios, ¡qué gusto da verte tan cerca de nosotros como Madre de la Iglesia! De ella, como decía de ti Pablo VI, con palabras de un escritor famoso, eres "la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y la más selecta"

- **Y vosotros, a esforzaros en formar una Iglesia digna de Cristo... y de la Madre de la Iglesia.**

MARIA ASUNTA

- Madre, has citado varias veces expresamente tu Corazón, que debe estar vivo en el Cielo, ¿no es verdad? De lo contrario, no tendrían valor tus palabras.

- **Naturalmente, no está convertido en polvo dentro de un sepulcro. Te refieres a mi ASUNCION, ¿no es así?**

- A eso voy. Pero en la Biblia no encontramos nada acerca de ella. ¿Cómo lo sabemos nosotros?

- **No olvides las palabras de Juan: "Os enviaré el Espíritu Santo, que os enseñará toda la verdad". No todo lo que Dios reveló está escrito, sino que Jesús y los Apóstoles confiaron muchas verdades de viva voz a la Iglesia, y en su tradición se conservan tan vivas y frescas como en la Biblia. Esto acontece con mi ascensión. Sin esta verdad no os explicaríais ciertas verdades de la Biblia, o no se entenderían del todo si yo continuara muerta en el sepulcro.**

- Los Apóstoles, por lo mismo, supieron que tú resucitaste.

- **Lo tuvieron que saber. Por eso mi ascensión está en el depósito de la Revelación. Dios se lo manifestó a Juan y a los otros. Y una vez encontraron mi tumba vacía, allá en la ladera oriental de Jerusalén, así como antes habían hallado vacío el sepulcro de Jesús. Si morí para asociarme en todo a mi Hijo y compartir la misma suerte, también el Señor me resucitó y asumió al Cielo, sin esperar a la resurrección universal.**

- Pero Dios bien podía esperar a resucitarte al final de los tiempos, como lo va a hacer con todos nosotros.

- **Podía, podía... Pero en mí lo adelantó absolutamente todo. En mí quiso avanzar lo que la Iglesia entera va a ser un día.**

- En realidad, por tu unión estrechísima con Cristo, y por ser la mujer de quien Jesús tomó su carne, a nosotros no nos cabe en la cabeza el imaginarte hecha polvo en un sepulcro. Para nosotros, el que seas Inmaculada como el que seas Asunta, es lo más natural en el plan de Dios. Debe ser así.

- **Bien. Pero no olvides nunca que estamos hablando siempre de privilegios, de regalos, de dones que Dios me ha concedido. Y el regalo es regalo que se da porque se quiere, y no porque se debe. De lo contrario, el regalo ya no es regalo.**

- Pero Dios tiene su lógica, ¿no es así?

- Esa es la verdad. Y Dios, espléndido en sus dones, hace que un don lleve a otro don, hasta que el último sea el cúmulo y el colofón de todos sus dones anteriores.

- Entonces, tu Asunción tiene que ver mucho con tu Concepción Inmaculada.

- Pues, sí. Ambos privilegios están estrechísimamente unidos. Si, al hacerme Inmaculada, Dios me redimió plenamente de todo pecado, esta redención plena y total tenía que consumarse y llegar a su término librándome también de la muerte, que es la fatal consecuencia del pecado.

- ¿Y qué dices de tu virginidad en relación a tu Asunción ?

- También tienen mucho que ver la una con la otra. En la página del paraíso lees cómo la mujer fue condenada a la sujeción al marido y a los dolores del alumbramiento, y, como Adán, también a la muerte. Mi maternidad virginal, tanto en la concepción como en el nacimiento de Jesús, no son más que signos y demostración de una victoria total sobre la concupiscencia y sobre todas las pasiones, atraída como estaba irresistiblemente por Dios hacia el amor divino. Carne fue así triunfaba totalmente por una virginidad integérrima. ¿cómo iba a corromperse después en el sepulcro?...

- Otra vez que nos metemos con Adán y Eva.

- Si, hemos de volver al paraíso. En mí empezaron esas enemistades irreconciliables entre el hombre y el demonio, por la Redención de Jesucristo. En mi concepción Inmaculada machaqué la cabeza de la serpiente; la pulverizó Jesús con su muerte y resurrección; Dios volvía a la carga con mi asunción; y con vuestra resurrección final no le quedará a Satanás absolutamente nada de su victoria.

- Para Pablo, pecado y muerte siempre van juntos. Si, por ser Inmaculada y siempre Virgen, vencías de tal modo al pecado y la concupiscencia, debías vencer también a la muerte...

- Muy bien dicho. Vencido el pecado totalmente, tenía que ser vencida también del todo la muerte. La resurrección de Jesús es parte necesarísima de su victoria sobre Satanás. Y así debía concluir también mi lucha contra él: con la glorificación de mi cuerpo lo mismo que con la de mi alma.

- Veo que Dios no encogió su brazo cuando se trató de honrar a su Madre.

- Recuerda que el Padre eterno compartió conmigo su paternidad divina, y, por obra del Espíritu Santo, formó en mis entrañas la humanidad de su Hijo. ¿Crees que podían el Padre y el Espíritu Santo tenerme en otro lecho que hubiera sido el sepulcro, ¡qué horror! -diferente de los tálamos celestiales?... No olvides tampoco que Jesús se impuso a sí mismo la ley de Dios: "honra a tu padre y a tu madre". ¿Y podía dejarme a merced de los gusanos y polvo de la tumba?...

- Los Ángeles y los Santos del Cielo, y nosotros aquí en la Tierra, podemos estar orgullosos de nuestra Reina y Madre...

- Y das, sin pretenderlo, otra razón poderosa de mi asunción en cuerpo y alma al Cielo. ¿Puedes imaginarte a la Reina de los Ángeles y Santos todavía yacente en una tumba?... Además, subida al Cielo y glorificada en todo mi ser, empezaba a ejercer plenamente mis oficios de Madre, de Medianera y de Abogada vuestra ante Jesucristo el Redentor y ante el Padre.

- ¡Qué confianza nos inspira tu Asunción, Madre!

- Hijo mío, no podías sacar mejor conclusión de esta verdad mía, que Dios os ha revelado. Mi resurrección y asunción os confirman en la esperanza que a todos infunde Jesús Resucitado. Su palabra de sacarnos a todos del sepulcro la cumplió ya

espléndidamente en mí, y la cumplirá en vosotros también. Para ayudaros a conseguirlo, yo estoy ya glorificada en el Cielo. ¡Animo, pues, en la lucha!...

LA ABOGADA

- Al decirme cómo eres Madre de la Iglesia, concluías asegurándome que en el Cielo no piensas más que en la Iglesia, en nosotros naturalmente. Porque la Iglesia que triunfa y está segura en la Gloria es tu alegría mayor pero no tu preocupación. Los bienaventurados no te pueden causar ya ninguna inquietud. ¡Qué hacen con la Iglesia de la Tierra?

- Proporcionalmente, lo mismo que dice de Jesús el discípulo de Pablo en la carta a los hebreos: aquí estoy "viviendo siempre para interceder por vosotros". Me llamáis y soy vuestra ABOGADA. Medianera desde la anunciación, y sobre todo en el Calvario, lo voy a seguir siendo "hasta la consumación perfecta de todos los elegidos", como acaba de decirnos el Concilio.

- Cierto. Cuidado que no te repetimos veces en la Salve: "Ea pues Señora abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos!... ¡Qué significa este título tan consolador?

- Significa, sencillamente, que siempre estoy rogando e intercediendo por vosotros. Es una consecuencia de mi corredención. Ser medianera, entraña estas tres cosas: que os merecí la gracia con Jesús, siempre subordinada a él y en unión íntima con él; que intercedo ante Dios por vosotros; y, finalmente, que os dispense las gracias de Dios.

- Hablemos ahora concretamente de tu oficio de Abogada.

- Sabes tú quién es un abogado: el que toma una causa en sus manos, la lleva a un tribunal, la defiende con tesón, y no cede hasta arrancar al juez un fallo favorable para su cliente.

- Pero este oficio le compete a Jesucristo, el único mediador entre Dios y los hombres.

-Dices muy bien. Pero Jesucristo, único Mediador, único Abogado, me unió estrechísimamente a sí en su obra salvífica. En un segundo plano, está mi mediación metida en la de Jesucristo y unida totalmente a la suya, de la cual recibe mi intercesión toda su fuerza. Siempre, siempre, siempre te repetiré lo mismo - importante, importantísimo-: en un segundo plano, dependiente de Jesucristo, e íntimamente unida a él. Este principio debéis tenerlo metido en la cabeza como una cuña. Sin él, o me convertís a mí en el mismo Redentor o me infravaloráis y me dejáis en el nivel de un santo cualquiera...

- Espero aprenderlo bien, porque me lo has repetido muchas veces. Sigo con mis preguntas. Tu intercesión debe ser eficaz, ¿no es cierto?

- Mucho. Considera mi dignidad de Madre de Dios, mi cooperación a la Redención de Cristo, la santidad eminente de que Dios me revistió, y mi condición de Madre vuestra. Dios se inclina amorosamente hacia mí. Desde que Jesús en la cruz os confió a mis cuidados maternos con su "ahí tienes a tu hijo", El sabía que, siendo el Juez de vivos y muertos, yo abrazaría con todo mi amor de Madre al pecador lo mismo que le abrazaba a El, hijo de mis entrañas. Los dos hermanos, Jesús y el pecador, tendrían que hacerse las paces entre mis brazos y sobre mi pecho.

- El Concilio, desde luego, no te regateó el título de Abogada, en un párrafo que se nos ha hecho célebre: María, "una vez recibida en los cielos, no abandonó este oficio

salvador, sino que continúa alcanzándonos, por múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación. Con su amor materno, se preocupa de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso, la Bienaventurada Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Medianera".

- Muy bien. Pero fíjate en las palabras que siguen, las cuales te dan el alcance y medida de mi intercesión: "Lo cual se entiende de manera que no quite ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador. Porque ninguna criatura puede jamás ser equiparada con el Verbo encarnado y Redentor".

- Si ya teníamos en Cristo a nuestro Mediador y Abogado, ¿hacía falta que tú también desempeñaras la misma función?

- Mira, hubo tiempos en que los teólogos se divertían, o entretenían, o perdían el tiempo en discutir sobre cosas posibles: Dios podía hacer..., podía haber hecho... Hoy, más realistas y prácticos, con sentido más certero y con teología más vivencial, han cambiado de plan. No discuten sobre lo que podía haber sido, sino sobre lo que es. Y sobre mi Mediación, lo cierto es que Dios ha querido que yo sea y me ha constituido Medianera y Abogada vuestra.

- ¿Qué es lo primero que haces como Abogada nuestra?

- Yo te diría que escucho vuestros ruegos. Acude al hecho de que, desde el principio de la Iglesia, los fieles de todos los tiempos han acudido a mí. Mira a ver si eres capaz de reunir todas las oraciones litúrgicas más antiguas, de los Santos Padres, teólogos y escritores, compuestas para pedirme favores. Sería un trabajo ímprobo. Añade a ellas las plegarias que han salido de millones y millones de corazones a lo largo de los siglos dirigidas a mí. Si es el Espíritu Santo quien impulsa vuestra oración, es cosa de Dios el que yo escuche, atienda y despache tanta plegaria de la Iglesia.

- ¿Qué más haces por nosotros?

- Lo que acabo de decirte: despachar tanta oración enviándola a Dios, robusteciéndola con la ayuda de mi intercesión. A mí, por ser su Madre, Jesús no me niega nada. El Padre me mira como su Hija adorada. Y el Espíritu Santo está enamorado de esta su Esposa. Mi oración por vosotros tiene tal eficacia, que se me ha llamado "La omnipotencia suplicante". Si pido, es que Dios es infinitamente superior a mí. Si soy omnipotente, quiere decir que Dios no me niega nada. ¡Y pido, no por mí, sino por vosotros!...

- Pero la palabra abogado, abogada, suscita en nosotros sin más la idea de pleitos, causas difíciles, casos perdidos...

¿Tienes que intervenir, como Abogada, en situaciones delicadas entre Dios y los hombres?

- Tocas el punto más interesante. Empieza por pensar que un millón de Vírgenes Inmaculadas como yo, serían nada ante la grandeza de Dios, ante su santidad, ante su pureza, ante su bondad, ante su amor, ante su misericordia... Por grande que me haya hecho Dios, entre mi hijo Jesucristo y yo media una distancia infinita. Pero Dios, que mantiene firmes los derechos de su justicia, ha querido -lo ha hecho así, te repito- que yo fuera de modo especial la Abogada de las causas más perdidas. No porque yo sea más buena que Dios o más compasiva que Jesucristo, sino porque Dios ha querido interponer entre su justicia y el pecador el Corazón de una mujer, y una mujer que es

Madre. Por eso, en el plan amoroso de Dios, yo soy por antonomasia la Abogada de los pecadores.

- Ante lo que me dices, entiendo la historia de las grandes conversiones. En todas ellas estás metida tú de una manera u otra.

- **Así es. Se me invoca -lo hace el mismo pecador, o lo hacen otros por él-; yo escucho la oración angustiada de quien se ve ya condenado; me dirijo a Jesús y al Padre en el Espíritu Santo; vienen las gracias del Cielo sobre esa alma perdida; y, como ella responda fielmente, la salvación es un hecho. Dios no ha negado la gracia a su Madre -y Madre de los pecadores-, porque tiene en mí todas sus complacencias. Ningún pecador que ha venido a mí se ha perdido jamás.**

- Hablas de los pecadores. Pero también abogas por los justos, ¿no es verdad?

- **Soy Madre de todos y de todos soy Abogada. Piensa que los buenos son buenos por la Gracia que tienen de Dios. Y esas gracias especiales de santificación me las deben a mí intercesión, igual que los pecadores me deben la gracia de la conversión.**

- "Vida, dulzura y esperanza nuestra" ¡Con qué razón, Madre, que te lo decimos!...

LA MEDIANERA

- Me has dicho, Madre, que tu mediación comprende estos tres estadios o aspectos: merecimiento de la Gracia con Cristo por tu Corredención, de la cual ya hablamos; después, tu intercesión en el Cielo como Abogada, cuyo significado acabas de explicarme; y el tercero, la dispensación de la Gracia ¿Podrías decirme algo de esta manera de mediación?

- **Con gusto. De hecho, dentro de vuestro lenguaje popular cristiano, reserváis el nombre de MEDIANERA para este último punto. Cuando decís "La Medianera", os referís sin más a la que os dispensa desde el Cielo todas las gracias de Dios.**

- Hay hechos del Evangelio que nos hacen pensar en este tu papel de Medianera de la Gracia. Vas a Isabel, y nada más tu prima oye tu saludo, Juan salta de gozo en el seno materno. Manifiestas a Jesús tu deseo en Caná, y el vino generoso alegra hasta el final una fiesta de boda. Lucas te pone orando en medio del grupo de los Apóstoles, y el Espíritu Santo que bajó clamorosamente al Cenáculo... Si esto pasaba contigo ya en este mundo, es de creer que ocurre mucho más ahora que estás en el Cielo como Reina.

- **Empiezas por invocar la Biblia, y voy a completar tu pensamiento. Cuando yo dije "hágase en mí según tu Palabra", me adhería libremente a la obra salvífica de Cristo. Esta obra no acabará hasta que esté completo en el Cielo el número de los elegidos. Hasta el final del mundo, por lo mismo, yo estaré actuando en la obra de la Redención, que ahora es dispensación y aplicación de la Gracia. Además, -¡otra vez con Adán y Eva!- la guerra contra Satanás se declaró en el paraíso; la batalla principal se entabló en la cruz; pero no acabará la guerra, no se celebrará la fiesta de la victoria, hasta que Cristo no haya derrotado al enemigo en el último de los redimidos. Y hasta entonces no cesará tampoco mi oficio de Medianera.**

- La Gracia que tú dispensas, ¿es siempre la misma de Cristo?

- **Forzosamente. Porque no hay otra gracia que la merecida por Cristo Jesús, el Redentor. Jesús es el embalse extensísimo que contiene toda el agua, yo soy el canal que la lleva al campo de vuestras almas... Jesús es el insondable pozo de petróleo, yo soy el oleoducto que lo lleva a cada refinera, a cada gasolinera, al tanque de cada automóvil... Jesús es el banco que se llenó de un capital inmenso, y yo soy la directora**

que firma los cheques de gerencia o cualquier "money order", infalsificables y pagaderos al instante...

- ¡Qué comparaciones, Madre! La misma agua, la misma gasolina, el mismo dinero... aunque suministrado todo por un administrador de toda confianza del dueño...

- **Pues todavía te quiero poner otra, más del gusto mío. Gracia de Dios no hay más que una, Jesucristo, que os la mereció, la tiene en sí como cabeza; pero esa gracia, capital en Cristo, yo la he transformado en leche maternal, que os la doy con mis pechos a cada uno, como hijitos entrañables míos.**

- En la Iglesia hemos acudido siempre instintivamente a ti, y, aun sabiendo que Dios es nuestro Padre y Jesucristo nuestro intercesor, te pedimos a ti las gracias como se las pedimos al mismo Dios. ¿Por qué será?

- **Quizá sin pensártelo demasiado, has dicho tú mismo la gran razón con la palabra "instintivamente". Y no te das cuenta de que ese instinto divino os viene del Espíritu Santo que dirige vuestra oración. Soy Medianera porque soy Madre. Tenéis dentro de vosotros el mismo Espíritu de Jesús, mediante el cual me llamáis El y vosotros "Madre" con la misma razón con que llamáis "Padre" a Dios. Venís a mí porque soy vuestra Madre, y, por lo mismo, quien os di la vida y quien os la sigue manteniendo. Por eso venís a mí, porque el hijo acude y pide todo a la madre por un instinto inexplicable.**

- Con este acudir a ti en busca de favores, ¿no disminuimos la gloria de Dios?

- **Al contrario. Glorificáis a Dios por su munificencia infinita. Sólo el pequeño es capaz de tener envidia, porque le parece un robo hecho a él lo que ve en el otro. Por ser Dios infinito, es espléndido en generosidad, y se ha complacido en confiar a mis manos todo el cúmulo de sus gracias. Por otra parte, ha obrado con lógica muy suya. Soy su Madre; soy la Madre, la Corredentora y la Abogada vuestra. Si no me hacía también la Tesorera y la Dispensadora de la Gracia, quedaba rota la cadena de privilegios míos en favor vuestro.**

- ¿Es diferente tu mediación de la de los Santos?

- **Totalmente. Las gracias que obtenéis por intercesión de los Santos pasan también por mi mano. Igual que las que conseguís con vuestras oraciones los unos por los otros. Todas esas gracias son de Cristo, que os las mereció, y que me confió a mí. El Cielo es la comunidad, mejor dicho, la familia más perfecta. La Gracia total está en el Padre, que la trasvasó totalmente a Jesucristo, y Jesucristo me la entregó a mí. Los Santos se sienten felices al comunicarla a sus hermanos, recibida siempre de Jesucristo por medio mío.**

- ¿Y cómo nos da Dios la gracia por tu medio?

- **Puede hacerlo de muchas maneras. Me basta pedirle algo, para que os lo conceda todo sin más. Dios sigue siendo el soberano de la Gracia, pero ha querido que yo sea, como te expliqué, la "omnipotencia suplicante": lo puedo todo por el simple hecho de pedirlo... Como puede también mirar cuáles son mis deseos respecto de vosotros, para que El os dé cualquier cosa sin condición ninguna. No soy como Dios. No puedo como Dios. En ningún caso se subordina Dios a mí. Lo que ocurre es que Dios ha querido honrarme de tal modo que mi voluntad la ha hecho voluntad suya, y atiende mi más simple deseo... Igual que puede seguir prolongando mi acción corredentora, y yo continúo aplicando a cada uno los frutos de la Redención, que son la Gracia y las gracias a cuyo merecimiento concurrí activamente con Jesucristo mi hijo.**

- Esa última expresión tuya, "la Gracia y todas las gracias", me hace sospechar una segunda intención. ¿Qué viene el distinguir Gracia, con mayúscula, y gracias, con nombre común?

- **No te equivocas en tus sospechas. Lo que importa, en realidad, es la Gracia, la vida sobrenatural, la vida de Dios en vosotros, que después se transformará en Gloria. Pero, es también algo mío el dispensaros todas esas gracias o favores, espirituales y hasta materiales, que concurren a la adquisición, conservación, aumento y consumación de la Gracia. Por mi parte, yo os impido todo mal, y atraigo sobre vosotros todo bien.**

- Si es así, no hay instante, acontecimiento ni detalle en nuestra vida que se escape a tu acción. Dependemos en todo, absolutamente en todo, de tu bondad y solicitud materiales.

- **Así es. Jesucristo, el Mediador podía haberos redimido sin mí, y sobraba la Corredentora; puede en el Cielo rogar El solo por vosotros, y sobra la Abogada; puede otorgaros la Gracia y las gracias por sí mismo, y sobra la Dispensadora. Pero, no ha querido hacerlo. Ha querido que yo fuese la Medianera con El. De esta mi mediación os ha dicho el Concilio que brota del beneplácito divino y de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende totalmente de ella, saca toda su fuerza de la misma y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta".**

- Un eminente mariólogo (tú lo conoces bien y sabes de quién te hablo, bendícelo) me dijo después que le escuchamos embobados una conferencia sobre tu mediación. "Para mí, después de la Maternidad divina, no hay grandeza en María semejante a ésta: ser la Tesorera y Dispensadora de TODAS las gracias de Dios". ¿Andaba equivocado?...

- **Parece que no mucho... Dios no ha podido confiar más en mí. Soy un instrumento libre en sus manos, no una autómatas o un robot -tengo mi personalidad, diríais hoy vosotros-, y doy su Gracia a quien quiero, cuando quiero y como quiero.**

- Y nuestra suerte es que estás empeñada en darla a todos, siempre, y de mil maneras... Seguro, Madre, que tú no sabes el significado de la palabra "tacañería", ni la has leído nunca en el diccionario...

- **Quedad tranquilos, quedad tranquilos... Que, por mi parte, no le faltará a nadie ni una sola gracia para su salvación o su crecimiento en Cristo. En cuanto de mí depende, todos podéis ser millonarios... Lo que os dijo Jesús de sí mismo y del Padre, os lo digo de mí como Tesorera de la Gracia de Dios: "Pedid, y recibiréis"...**

MARIA, REINA

- Madre, el Papa Pío XI proclamó a todos los vientos el reinado universal de tu Hijo, Cristo, Rey. Vino después Pío XII y proclamó también tu realeza: María, REINA. Te llamamos la Reina del Cielo y de la Tierra, de los ángeles y de los hombres. ¿Eres de verdad Reina? ¿O es solamente un símbolo? Porque a la rosa la llamamos la reina de las flores; al águila, reina de las aves; al sol, el rey de los astros, y al oro el metal rey. Sin embargo, estos seres no son ningunos monarcas. ¿Eres tú Reina así? ¿Sólo metafóricamente, porque te vemos la más excelsa de las criaturas? ¿O eres Reina en sentido estricto?

- **Preguntas bien. Pero ten presente que yo soy Reina en sentido estrictísimo. Veis con naturalidad que Jesús sea el Rey del universo: es el Creador, y todo le**

pertenece; es el Redentor, y todo lo conquistó; en el Cielo ha sido constituido SEÑOR, y nada escapa de su dominio. Es Jesús el Rey inmortal de los siglos. Y a mí, en este tema como en tantos otros sobre los que me has preguntado, debes considerarme como la asociada y unida indisolublemente a la suerte y gloria de mi Hijo. Estoy asociada a su reinado como lo estuve a su misión redentora.

- O sea, que para entender tu reinado, su naturaleza y extensión, hemos de acudir también al reinado de Jesucristo.

- **Eso mismo. Soy Reina por mi Hijo, que me ha constituido Soberana del Cielo y de la Tierra, de los ángeles y de los hombres. Soy Reina con mi Hijo, que me ha asociado a su reinado universal, y sin Jesús yo no soy nada. Soy Reina como mi Hijo, y, al igual que El, reino por el amor. Jesús, Rey de amor. Yo, Reina y Madre de misericordia.**

- Analizada la Biblia, vemos que todo el Antiguo Testamento se centra en el Reinado de Dios. Y el Nuevo Testamento empieza diciéndonos que El Reino de Dios ya ha llegado y está entre nosotros. ¿Tiene esto alguna conexión con tu realeza?

- **Es natural, que la tiene. Dios es el Rey de todo. Y Dios, al crear al hombre, lo constituyó rey de la creación, dándole el dominio sobre todas las cosas: Dios le hacía partícipe de su reinado universal. Dominando y consagrando al mundo con su alabanza, el hombre era sacerdote-rey para Gloria de Dios. Vino el pecado, y lo echó todo a perder: el hombre abusó de la naturaleza, y la naturaleza se rebeló contra el hombre. Dejaron de ser sacerdote y oblación agradables a Dios.**

- Te interrumpo, Madre. Al venir Cristo, ¿venía a rehacer también este desorden?

- **Exacto. Con la sangre de su cruz, pacificó todas las cosas y se ganó el título de "Rey de reyes y Señor de los que dominan". Se adquirió un pueblo sacerdotal y de reyes, que consagra el mundo y lo hace digno de Dios. Por ahora, todo esto es ya un hecho, pero todavía no está completada la obra. Sólo al final será total y definitiva la victoria de Jesús. Satanás y todos los suyos habrán quedado sometidos bajo sus pies, y los Santos reinarán por los siglos de los siglos. El Reino de Dios será absoluto y eterno, ofrendado por Cristo al Padre.**

- Y tú, ¿cómo entras en el reinado de Jesucristo?

- **Volviendo a la idea del paraíso, por mi Concepción Inmaculada nunca las criaturas me apartaron lo más mínimo de Dios, y yo era la estampa de Adán y Eva inocentes, con una vida hecha pura alabanza de Dios. Además, he de darte la respuesta de siempre. Por una parte, Jesús me asoció a su reinado como me había asociado a toda su misión redentora. Por otra parte, Dios adelantó en mí, de una manera plena, lo que será un día toda la humanidad redimida. Mientras viví en el mundo, mi reinado como el de Jesús era un hecho, diríamos, sólo en germen. Resucitado Jesús y constituido Señor en su ascensión, resucitada yo y subida al Cielo en mi ascensión, los dos somos Reyes y reinamos con absoluto poder.**

- Aunque ya lo has ido diciendo, ¿podrías indicar concretamente los títulos de tu realeza?

- **Te insinuaré algunos. Si soy la Madre de Dios, ¿puede el Creador dejar alguna criatura no sometida al dominio de su Madre? Soy la Reina Madre... Si Jesús me asoció a su sacrificio redentor en el Calvario, ¿podía mi Hijo sustraer los redimidos a mi dominio de amor? Soy la Reina Corredentora... Si, subida al Cielo, pone Dios en mis manos todas las gracias, y dependéis de mí en el orden de la Gracia, ¿no soy yo la Reina Medianera?... Y si Dios me encumbró sobre todos los Ángeles y los Santos, ¿no**

soy la Reina universal? Porque, aunque los ángeles son por naturaleza superiores a cualquier hombre, por mi maternidad divina los supero casi infinitamente en dignidad a todos ellos juntos, y todos ellos se sienten orgullosos al verme, reconocirme y servirme como a Soberana suya.

- ¿Puedes explicarme el alcance de todos esos piropos que te lanzamos en la letanía: Reina de los patriarcas, Reina de los mártires, Reina de... todos, vaya.

- **Muy sencillo. Mira a ver si algún antecesor de Jesús tuvo con él algún parentesco tan cercano como yo, su Madre, y dime a ver si soy Reina de los Patriarcas... Examina si algún testigo de la fe sufrió como yo al pie de la CRUZ, y entonces me cuentas si merezco o no el que me llaméis Reina de los Mártires... Busca una muchacha tan íntegra como yo en su virginidad, -y unida además a la maternidad- y atrévete a quitarme el honor de ser la Reina de las Vírgenes... Y vete discurrendo sobre los demás: Apóstoles, Confesores de la fe, etc. Por la gracia y por la misión que Dios me confió, y por la respuesta de mi fe, superaré a todos ellos en cualquier situación y circunstancia.**

- MARYAM Dijiste que significaba Señora, Princesa, Reina... Me asegurabas que Dios no se metió en la elección de tu nombre. ¡Pero, qué bien que lo escogieron tus papás! ¿Estuvieron o no estuvieron acertados? ¿Iban o no iban algo dirigidos por Dios?...

- **Bueno..., digamos que sí. Dios juega muy bien al escondite...**

MARIA, TIPO DE LA IGLESIA

- Madre, a partir del Concilio se ha ido divulgando una expresión algo extraña primera vista, Se te llama: "Tipo de la Iglesia" ¿Tipo, por qué? Por que eres la mujer más formidable, la más guapa, la más bonita, la más bien plantada... lo que decimos "todo un tipo de mujer"...

- **¡No me hagas reír! Dios me hizo todo eso, y ahora, resucitada en el Cielo, ¡vaya si me ven todo un tipo de mujer! Pero, TIPO de la Iglesia significa algo muy diferente.**

- ¿Me lo podrías explicar?

- **Empiezo por una comparación. Vete a una imprenta, y diles que te enseñen un tipo. Te van a mostrar una pieza metálica, de plomo, que tiene incrustada una letra, por ejemplo, la A. Lo que imprima esa pieza siempre será una A, y esa A impresa siempre tendrá la misma forma. Nunca variará, porque siempre saldrá igual que la A del tipo. Es lo mismo que las teclas de tu máquina de escribir: cada tecla tiene su tipo, y siempre, siempre una tecla determinada, marcará el mismo signo.**

- Empiezo a adivinar hacia dónde vas...

- **Es lo que Dios ha hecho de mí: un tipo de la Iglesia. En Jesús, mi Hijo, ha puesto el modelo supremo, la imagen imprescindible, conforme al cual han de ser todos los elegidos. El Padre no reconocerá a ninguno que no lleve la imagen, la impronta de Jesús.**

- ¿Tú, entonces?

- **El Concilio os ha dicho: "La Madre de Jesús es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo". Yo soy la primera cristiana que salió del todo conforme a Jesús. Dios ha avanzado en mí todo lo que quiere hacer con todos los redimidos por Jesús y todos debéis salir conforme a esta primera cristiana, a esta primera redimida de un modo total. Siendo en todo iguales a mí, seréis todos iguales a Jesucristo.**

- ¿En qué eres, concretamente, el tipo de la Iglesia?

- **El Concilio señaló expresamente mi cualidad de Madre-Virgen. La Iglesia es también Madre-Virgen como yo, porque engendra virginalmente y de continuo hijos y más hijos para el Reino de los Cielos, por la Palabra y los Sacramentos, y permanece siempre virgen fiel a Cristo conservando íntegros su palabra y su amor.**

- ¿En qué más eres tipo destacado de la Iglesia?

- **En mí, os dice el Concilio, "la Iglesia ha alcanzado ya la perfección, y de este modo me presento sin mancha ni arruga", por mi Concepción Inmaculada. Por eso "los fieles se esfuerzan por crecer en santidad venciendo el pecado". Ser hijos míos, y vivir con afición al pecado, ¡no puede ser!...**

- Madre, este título de tipo abre horizontes insospechados en nuestra devoción a ti. No podemos hacerla consistir en oraciones más o menos bonitas ni en sentimientos de dudosa autenticidad, sino que será invitación coronación, consagración perfecta, para salir en todo como la primera cristiana, el tipo más semejante al prototipo Jesucristo.

- **¡Dichosos si lo hacéis!... En muchas cosas no podréis ser igual que yo de una forma idéntica, porque se trata de privilegios personales. Ninguna mujer será Madre de Dios, ni nadie subirá en cuerpo y alma al cielo el mismo día de su muerte. Pero, hasta con esos privilegios personalísimos podéis miraros siempre en mí para ser moralmente igual que yo.**

- ¿Podrías indicarnos algo concreto: Yo creo que no hay hecho del Evangelio o alguna prerrogativa tuya en que no podamos ser semejantes a ti. ¿Me permites discurrir por mi cuenta?... Tú, la Primogénita, la predestinada que respondió plenamente al plan de Dios. Nosotros, predestinados en Cristo, hacemos una realidad el plan de Dios: "santos, inmaculados, amantes"... Tú, Madre de Dios, que llevas a Jesús en tu seno. Nosotros que lo llevamos en el corazón por la fe y el amor, como dicen Pablo y Juan: los que lo recibimos con ilusión y con toda la fuerza posible en la Comunión, para encerrarlo como tú, hasta físicamente, dentro de nuestro ser... Tú, la Madre espiritual de los hombres. Nosotros, los que les damos también a Cristo con un apostolado ardiente.

- **Te interrumpo aquí. Discurre estupendamente. Pero, te quiero hacer notar lo del Concilio: "La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel afecto materno, del que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres". Los que os dais al apostolado (¡cuánto os quiere mi Hijo!) miradme a mí a vuestro lado, en medio de vosotros, como con los Apóstoles en el cenáculo, "implorando con mis ruegos el don del Espíritu Santo" para vuestras obras apostólicas.**

- Sigo pensando yo... tú eres la Virgen fiel, de amor ardiente e indiviso a Cristo. Nosotros no podemos tener otro dios -ni el dinero, ni el placer, ni otra fe o iglesia distintas de la de tu Hijo- con quien podamos coquetear...

- **¿Y no te dice nada el verme junto a la cruz?**

- Me imagino que me quieres citar ese precioso párrafo del Concilio sobre tu oficio corredentor. "La Virgen sostuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual se mantuvo de pie, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociando, con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima engendrada por ella misma"... Al verte así, nosotros, con nuestros sacrificios voluntarios, unidos a los de Jesús, como una palanca que mueve al mismo Dios, salvamos a nuestros hermanos, supliendo, como Pablo, lo que falta a la pasión de Cristo. Somos así unos imitadores de tu redención.

- **Y algo más que unos imitadores: sois mis ayudantes. ¿Entiendes ahora mi súplica de Fátima? "Orad y sacrificaos por los pecadores; que son muchos, muchos los que se condenan porque no hay quien ruegue y se sacrifique por ellos"?...**

- El Concilio, sin embargo, habla siempre de tu fe como de lo principal en que debiéramos imitarte. ¿Es verdad?

- **Es cierto. Cuando dije "aquí está la esclava, la criadita del Señor; que se haga en mí según tu Palabra", me constituí en el dechado más perfecto del creyente. Esa fue la respuesta de mi fe. Si en vuestra vida aceptáis sólo y todo lo que Dios quiere de vosotros, en vuestro estado, profesión, obligaciones, en el trabajo, piedad, amor... seréis los creyentes de verdad y mis más perfectos imitadores.**

- ¿Algún punto más en que nos quisieras especiales imitadores tuyos?

- **Yo te citaré unas palabras del Concilio: "María se consagró totalmente a sí misma a la persona y a la obra de su Hijo".**

- ¡Oh! No hacia falta que me las recordases para que yo las relacionara con una de las expresiones más bellas de Lucas en su Evangelio, cuando dice de ti, por dos veces casi seguidas, que tú observabas todo lo de Jesús, dándole vueltas y más vueltas en tu Corazón, sin que se te escapara un detalle, lo asimilabas, lo imitabas y lo vivieras con él.

- **¡Si me imitarais en esto! ¡Entonces sí que me daríais la alegría de las alegrías!... Que no se os caiga el Evangelio de las manos: leedlo, releedlo, medítadlo, hasta que conozcáis a fondo a Jesús y asimiléis todos sus sentimientos. Yo, vuestro Tipo, fui como Jesús porque nunca dejé de mirarlo con amor intenso.**

- Dime, Madre, ¿no me he alargado más de la cuenta en este punto? Ni al hablarte de tu Maternidad divina me extendí tanto contigo...

- **No te preocupes, hijo. Vale más que tú y todos aprendáis a ser como vuestra Madre, Tipo y modelo vuestro, que no a saber muchas cosas teóricas de ella...**

EL CORAZON DE MARIA

- Madre, me has dicho muchas cosas de ti, y con frecuencia has citado tu Corazón. ¿No podríamos hablar de él en particular? En este siglo nos has dicho enfáticamente: "El Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado" Esto es la quinta esencia de tu mensaje de Fátima ¿Me quieres hablar ahora con el Corazón en la mano?...

- **Empiezo otra vez con una comparación bien familiar. Llega el 14 de febrero, día de los enamorados o del cariño, le mandas a tu ser más querido una simple tarjeta con el corazón atravesado por una flecha, ¡y ya está! A lo mejor no os escribís ni una línea, pero os habéis entendido del todo.**

- ¿Qué es, entonces, tu Corazón?

- **Sencillamente, es mi persona entera, yo misma; pero mirada desde mi vida interior, mis sentimientos, mi amor especialmente. Y expresado todo -como tu tarjeta a tu ser más querido- en el signo de mi Corazón.**

- ¿No lo veneramos, entonces, por su función fisiológica?

- **No. Fisiológicamente es mucho más importante el cerebro, por ejemplo. Se venera mi Corazón, como el de Jesús, porque es el símbolo de mi vida interior, de mis sentimientos, de mis afectos, de mi amor, como acabo de decirte.**

- Por lo mismo, el culto nuestro a tu Corazón va dirigido a tu amor, como raíz de la cual brotó tu vida santa entera; como el motor que le movió en todas tus ascensiones a

Dios; como el estuche que encierra toda tu ternura, bondad y misericordia con nosotros tus hijos.

- **Dices bien. Eso es mi Corazón, y eso lo que veneráis en él.**

- Mirado así, tu Corazón debe ser bien hermoso, ¿no?

- **Pues, verás. Concebida Inmaculada, y sin el más ligero pecado en toda mi vida, mi Corazón era y es el jardín de las delicias de Dios... Virgen integérrima, tiene mi Corazón los hechizos de la muchacha más encantadora... Madre de un Hijo como Jesús, piensa en la locura del amor de mi Corazón... Madre de todos vosotros, mide la extensión del amor de mi Corazón a los hombres... Corredentora y Abogada vuestra, calcula el caudal de compasión que mi Corazón encierra para los pecadores... Reina de Cielos y Tierra, de los Ángeles y de los Santos, imagínate la grandeza y la esplendidez de mi Corazón Inmaculado...**

- Si es así, aunque toda devoción que podemos tenerte desemboca y termina siempre en tu persona, y, bajo este aspecto, todas las devociones son iguales, ésta de tu Corazón Inmaculado es la que más te debe agradar...

- **Naturalmente. Porque mi Corazón es la síntesis, el compendio y la suma de todo lo que soy y hago.**

- Comprendo ahora tu mensaje de Fátima. Un Corazón como el tuyo, venerado, amado e imitado, sería capaz de cambiar nuestros odios, egoísmos, desunión, frialdad, lujurias... en amor, fraternidad, pureza. El mundo respondería al ideal de Dios.

- **Es lo que vais consiguiendo cuando me invocáis con esa jaculatoria: "Dulce Corazón de María, sé mi salvación". Mi amor, mi Corazón, tan semejante en todo al Corazón de Jesús, mi hijo, os salva a todos No hay hijo mío, de los que Jesús me dio, y por pecadorazo que sea, que no esté bien encerrado en mi Corazón.**

- A no ser que sea tan tonto, que abra él desde dentro la puerta para escaparse...

- **Ahora lo has dicho. Pues, por mi parte, no se perderá ninguno.**

- Vuelvo, Madre, a mencionarte Fátima. Se ha dicho que el Corazón de María es el corazón de tu mensaje al mundo moderno. ¿Qué me dices sobre esto?

- **Es verdad. El Siglo XX se abría con una guerra mundial espantosa. Acabada ésta, a los veintiún años estallaría la segunda guerra mundial, mucho más horrorosa que la primera. Y el castigo que seguiría después amenazando al mundo sería inmensamente mayor que las dos guerras anteriores.**

- Y tanto dolor como esperaba a tus hijos conmovió tu Corazón, desde luego...

- **Pero, había algo peor. Esas guerras, castigo de Dios por los pecados del mundo, no son nada en comparación de la desgracia máxima: son muchos, muchos los que se condenan eternamente en el infierno.**

- Lo dijiste especialmente en la tercera aparición a los tres niños, aquel 13 de julio de mil novecientos diecisiete.

- **Sí. Fue aquél día cuando descubrí a los tres videntes la voluntad del Cielo. Primero les mostré la visión del infierno, que dejó horrorizadas a las pobres criaturas. Después, les comuniqué ese "corazón del mensaje", como tú dices.**

- ¿No me resumirías todo lo que les dijiste? ¿Cuál es la parte esencial de Fátima?

- **Te repito lo que has oído tantas veces. "Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado". Añadí, ante el espectro de la guerra: "Si se hace lo que os digo, se salvarán muchas almas y habrá paz. De lo contrario, Rusia**

esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Varias naciones serán aniquiladas".

- Almas y más almas en el infierno... Guerras en el mundo... Persecución a la Iglesia... La visión que presentas del mundo es para darnos miedo...

- Pero, déjame repetirte la última palabra en aquella tercera aparición de Fátima: "Por fin, mi Corazón Inmaculado triunfará".

- Excelente y esperanzador, Madre. Pero tengo entendido que pusiste condiciones...

- Naturalmente, vosotros tenéis que corresponder a la Gracia. Para conseguir este triunfo, pedí que el Papa consagrara el mundo, y Rusia en especial, a mi Corazón; y a todos vosotros, que me ayudéis ante Dios con oración y sacrificios. En especial, que me recéis el Rosario y que comulgéis, que comulgéis sobre todo en los primeros sábados de mes.

- En resumen. Que tu Corazón sigue siendo todo ternura, compasión, misericordia para los hijos más necesitados.

- Por eso, como dije en Fátima, el Señor ha confiado la salvación del mundo moderno a mi Corazón Inmaculado. Yo prometí la salvación eterna a quienes abracen esta devoción a mi Corazón. Y sigo con mi promesa firme de poner a esas almas como flores escogidas ante el trono de Dios. Fátima os ha dicho a todos que yo, vuestra Madre, ¡soy todo corazón!...

EL CULTO A MARIA

- La Iglesia te quiere, Madre, con un cariño enorme, y te tributa además un CULTO especialísimo, sobre el que te querría cuestionar. ¿Hacemos bien? ¿Nos excedemos? ¿Nos quedamos cortos? ¿Cómo te gustaría a ti que fuera?...

- El Concilio os centró en su punto lo que debéis hacer conmigo. Yo te responderé con las palabras e ideas del Concilio, el cual, como tú sabes, está asistido por el Espíritu Santo.

- El Magisterio, y tan extraordinario como el de un Concilio. Si tú misma nos remites a él, podemos estar seguros de lo que hacemos contigo... ¿Es, por lo tanto, legítimo el culto que te damos?

- Fue el Espíritu Santo quien puso en mis labios de muchachita: "Me llamarán dichosa todas las generaciones". Toma la historia de veinte siglos de cristianismo, y comprueba a ver si se ha cumplido o no la profecía. El hecho es evidente. Si la Iglesia se ha equivocado, habrás de decir que el Espíritu Santo, conductor de la Iglesia, ha fallado (?) en algo tan connatural a la piedad cristiana.

- ¿Qué notas tú en los cristianos que así te honran? ¿Por qué lo hacen? ¿Qué motivos les impulsan?

- El culto tan vasto y sentido que me tributan tiene raíces muy hondas. Me miran como la Madre de Dios: la criatura más excelsa. Me sienten su Madre: y a la madre se la ama sin más. Me ven la Medianera, primero al pie de la cruz, y ahora en el Cielo intercediendo por todos: no pueden ser desagradecidos con quien tanto hizo y hace por su salvación. Me contemplan como Reina encumbrada sobre todos los Ángeles y Santos, y se rinden ante la que es su propia Soberana. Y al aparecer ante ellos Inmaculada, Virgen, Asunta..., mi belleza les arrastra de modo irresistible.

- Difiere mucho tu culto del que debemos a Dios y del que damos a los otros Santos?

- Se diferencia en absoluto tanto del uno como del otro. Nunca el culto que me dais a mí podrá ser ni será como el debido a Dios: a El se le debe todo honor y toda gloria, con culto de verdadera adoración. A mí no se me adorará jamás. Pero tampoco será mi culto como el que rendís a los Santos. El mío "es del todo singular", os dice el Concilio. Porque las excelencias que Dios tributó a su Madre exceden inmensamente a los dones y gracias de todos los Ángeles y hombres juntos, y no puede darse dignidad alguna superior a la de la Madre de Dios. Además, el culto que me dais a mí y a los Santos termina siempre en mayor gloria de Dios, ¡que se ha manifestado grande en nosotros!

- ¿Y en qué quieres tú que consista nuestro culto a ti?

- **En cuatro palabras os lo dijo el Concilio: veneración, amor, invocación, imitación. Me veneráis porque Dios me hizo la criatura más excelsa. Me amáis porque soy vuestra Madre. Me invocáis porque soy vuestra Abogada y la Medianera de las gracias. Me imitáis porque soy el Tipo o modelo de la Iglesia.**

¿Y no disminuimos la gloria de Cristo cuando te tributamos tanto honor a ti?

- **Al contrario. Quitad a Jesús de mi lado, y yo no soy nada. Ponedme junto a El, unida íntimamente a su misterio salvador, y toda alabanza y culto que me rendís a mí va entero para El, y por El al Padre. El Concilio os ha dicho: el culto que me dais siempre os lleva a conocer, amar, glorificar y obedecer e imitar mejor a Jesucristo. ¿Te doy una prueba? Vete a Lourdes, Fátima, Guadalupe..., a cualquier santuario mío, y todos los que vienen a mí paran finalmente en el confesionario y sobre todo en el comulgatorio. Yo os llevo a Cristo, mientras que yo no me quedo más que con la humilde acción de gracias.**

- Al hablarme de la invocación como parte principal de tu culto, has debido pensar en las oraciones que te dirigimos.

Yo sé que son muchas. Puesta a escoger, ¿cuáles son las que te gustan más a ti?

- **Todas, todas, todas..., cuando nacen del amor sincero de vuestro corazón. Pero hay algunas que se me repiten desde hace muchos siglos. El "Bajo tu amparo", que se me grita desde el siglo tercero. La "Salve" y el "Acordaos", tan clásicos. Esa consagración matinal tan bella, como es el "Señora mía y Madre mía". Y jaculatorias como éstas: "Bendíceme, Madre", "Oh María, sin pecado concebida...", "Dulce Corazón de María".**

- ¿Y el Ave María?

- **¡Desde luego! Es la Palabra que Dios me dirigió por el Ángel y por Isabel, y, en su segunda parte, por la Iglesia desde tiempos remotos. Aunque, tal como me la decís hoy, quedó fijada en el siglo quince.**

- ¿Y el Ángelus?

- **Es una magnífica síntesis del misterio de la salvación. Y el "Hágase en mi según tu Palabra" os lleva a decir vosotros también el "hágase tu voluntad" que os enseñó Jesús, eco de su misma vida: "he descendido del Cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió". El Ángelus es de lo mejorcito que recitáis en mi honor.**

- ¿Y nada me dices del Rosario?... En Lourdes y Fátima nos lo has pedido de manera machacona

- **Es la devoción mejor y más genial que habéis inventado en la Iglesia. Devoción tan mariana como cristológica y eclesial.**

- ¿Por qué, Madre?

- Mira. Las ciento cincuenta avemarías, -como otros tantos salmos de la Biblia- divididas de diez en diez y enmarcadas entre el Padrenuestro y el Gloria, son el molde en que el pueblo sencillo medieval encerró los misterios de la Redención para recordarlos, venerarlos y revivirlos. Son los misterios de Cristo, en los que yo estoy íntimamente presente, y en los cuales el cristiano, la Iglesia, ve insertada y metida su vida entera, que está hecha de gozos, dolores y esperanzas... Exceptuando la celebración de la Eucaristía, nunca los hijos de la Iglesia os sentís tan unidos a mí y metidos en el misterio de Cristo como cuando rezáis el Rosario, que, por su contenido y por las oraciones que lo encuadran, es la devoción más profunda, más simple y más bíblica que habéis compuesto.

- Mi última pregunta sobre tu culto. ¿Qué es lo que más miras cuando nos dirigimos a ti?

- Tú mismo puedes ver que yo sólo miro el amor con que venís. La velita que una mujer angustiada pone ante mi imagen... La flor que, como un piropo, me ponéis ante un altar consagrado a Dios en honor mío... El beso que un joven me da en una estampa, con el mismo ardor con que besa la foto de la novia... Todas esas simplicidades me arrebatan el corazón.

- ¿No te parece, Madre, que ya he abusado demasiado de ti? Has sido más que buena...

- ¿Hay madre, que diga que el hijo abusa de ella cuando, por amor, le pregunta los secretos del amor?...

- Y tú me has dicho unos cuantos secretos tuyos... que, como ya te dije al principio, no tengo intención de callármelos.

- ¡Déjalos que corran! A ti te recuerdo, para satisfacción tuya, las palabras bíblicas que la Iglesia pone en mis labios en mis fiestas: "Los que me honran alcanzarán la vida eterna". Te repito: ¡déjalos que corran! Para que cuantos me llamen "¡Dichosa!", sepan que fue el Señor quien hizo en mí maravillas...

MARIAL

EL ROSARIO NARRADO POR MARIA

María en persona nos descubre las intimidades de su Corazón al narrarnos lo que sintió su alma en los hechos que meditamos con el Rosario. Su voz de Madre es calma y paz. Cada misterio se convierte en intimidad, gozo, esperanza, amor...

LAS LETANIAS

Primera, la renovada por la Congregación para el Culto Divino, en el Ritual de la coronación de una imagen de la Virgen, publicado en 1981, y traducida al castellano por la Conferencia Episcopal Española (L'Osservatore Romano, 26 Mayo 1984, pág. 12). Segunda, la del Corazón de María compuesta por el eminente mariólogo P. Narciso García Garcés, claretiano, fundador de la Sociedad Mariológica Española Tercera, una nueva letanía, de cuño propio, que resume, hechos alabanza, los privilegios que la misma Virgen nos ha explicado en las entrevistas con ella...

PROFESION DE FE MARIANA

Del mismo P. Narciso García, que generosamente me autoriza publicarla, y elaborada toda ella con textos de la Biblia, de Concilios y de Papas y de Santos Padres, aunque, por razones obvias, se han suprimido todas las citas. Pero, una importante modificación: lo que el autor pone en forma afirmativa, aquí lo hacemos oración, para que coincida con el texto de los cassettes lanzado por radio.

JACULATORIAS

Tres jaculatorias, sólo tres, que nunca gastan los labios...

EL ROSARIO NARRADO POR MARIA

Ofrecimiento:

Madre, eres hermana nuestra en todo. Y al ofrecerte ahora el Rosario en sus misterios de gozo, ofrecemos a Dios por medio tuyo nuestra vida de cada día, toda ella entretejida de amor, trabajo, alegrías y esperanzas. Queremos convertir en ideal aquellas palabras del apóstol San Pablo: el comer, el beber, el trabajar, el amar, el rezar y todo lo que hacemos es para gloria de Dios, porque lo hacemos unidos a Jesús y a ti en vuestra vida de Nazareth.

MISTERIOS DE GOZO

Primer misterio: *La encarnación del Hijo de Dios.*

§ "Mirad cómo la Virgen concibe y da a luz un hijo, y le pone por nombre Dios-con-nosotros". Lo dicho por Isaías se cumplió un día en mí. **-(Padre nuestro).**

1. El ángel Gabriel me fue enviado a Nazareth cuando yo no era más que una muchachita, llamada María. **(Ave María)**

2. Y me saludó: "¡Alégrate, la llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre todas las mujeres!". Era el saludo que dirigían los profetas a la hija de Sión.

3. Yo me quedé perpleja al oír tales palabras, y pensaba y repensaba qué podría ser todo aquello.

4. Viendo mi asombro, siguió diciendo el ángel: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios".

5. Y pasó a darme la gran noticia: "Vas a concebir un hijo, y le pondrás por nombre JESUS".

6. Seguía el ángel señalando las glorias de ese hijo: "Será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y su reino no tendrá fin".

7. Era claro que me hablaba del Mesías prometido. ¿Y yo iba a ser su madre? ¿A mí me elegía Dios?... Pero yo le objeté al ángel: "¿Cómo va a ser esto, si soy virgen sin relaciones con varón?".

8.- El ángel me tranquilizó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Porque para Dios no hay nada imposible".

9. Al nacer mi hijo de virginidad, vi que me hablaba de una misteriosa maternidad divina, porque añadió además: "Por eso, el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios".

10. Entonces yo resolví consciente, decidida, obediente y humilde: "He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra".

§ El Hijo de Dios se hizo hombre en aquel instante dentro de mi seno, y echó su tienda de campaña entre nosotros. **-(Gloria al Padre)**

Segundo misterio: *La visitación de María a Isabel.*

§ Era ya la madre del Mesías, y un gozo incontenible estallaba en mi corazón juvenil.

1. Entonces me fui hacia la montaña de Judea, hasta la casa de Zacarías, para compartir mi alegría con mi prima Isabel, que, a pesar de ser avanzada en años, esperaba también un hijo, según me aseguró el ángel.

2. Apenas mi prima oyó mi saludo, fresco y espontáneo como mi juventud, saltó de júbilo el niño que ella encerraba en su seno.

3. Isabel, llena del Espíritu Santo, me dijo a voz en grito: "¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!".

4. Por luz de lo alto, había conocido mi maternidad sublime, y siguió diciéndome: "Dichosa tú, que has creído, porque se cumplirá todo lo que el Señor te ha prometido.

5. Yo también exploté en alabanzas al Altísimo: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador".

6. Todo venía de Dios y supe mantenerme humilde, aunque vislumbré mi gloria cuando dije: "Ha mirado la pequeñez de su esclava, y desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones".

7. Supe atribuirlo a Dios, que quiso servirse de mí tan pequeñita: "Porque el Señor, cuyo nombre es santo, ha hecho obras grandes por mí".

8. Vi realizada la promesa en los pobres, que ahora se centraban todos en mí: "Y su bondad misericordiosa se extiende por generaciones y generaciones sobre todos los que le veneran".

9. Mi pensamiento voló a todo el pueblo redimido: "El escoge a Israel su siervo como lo había prometido a nuestros padres. en favor de Abraham y su descendencia por siempre".

10. Ayudando a Isabel, me quedé con ella tres meses, y después me volví a mi casa de Nazareth.

§ Mi presencia, por el Jesús que llevaba dentro, llenó de bendiciones el hogar de mi prima. Como ocurre aún ahora, donde quiera que yo entro y se me acoge.

Tercer misterio: *El nacimiento de Jesús en Belén*

§ Un decreto del emperador de Roma, César Augusto, nos llevó a José y a mí hasta Belén. De manera tan inesperada, se iba a cumplir la profecía de que el Cristo nacería en el pueblo de David.

1. En mi estado, el camino de ciento veinte kilómetros me resultó difícil. Y, llegados a nuestro destino, se me cumplieron los días del alumbramiento.

2. No hubo manera de hallar un albergue apropiado para aquella hora, y hubimos de alojarnos en una cueva de los alrededores.

3. A mitad de la noche di a luz virginalmente a mi Hijo, lo envolví en pañales, y, a falta de cuna, lo recosté en un pesebre de animales. Nunca el mundo había visto juntas tanta pobreza, humildad y pureza con tanto amor, tanto idilio y tanta poesía.

4. Unos pastores de la comarca quedaron ofuscados con el resplandor del ángel que se les apareció.

5. Y oyeron atónitos sus palabras: "¡No temáis! Porque os traigo una gran noticia, que será la alegría de todo el pueblo".

6. La noticia no podía ser más fausta: "Hoy en Belén, el pueblo de David, os ha nacido un Salvador, que es el Cristo Señor".

7. Y en seguida, un incontable ejército de ángeles cubrió los cielos de Belén cantando: "¡Gloria a Dios en el Cielo, y en la Tierra paz a los hombres amados del Señor!".

8. Los pastores vinieron presurosos a ver al Niño, que estaba recostadito en el pesebre. En medio de tanta pobreza, mi gozo no tenía límites. El Reino mesiánico empezaba siendo de los pobres, los primeros elegidos.

9. Más tarde, vinieron unos espléndidos Magos de Oriente, y hallaron al Niño conmigo, su madre. Era claro que mi Jesús había nacido para todos: ricos y pobres, sabios e ignorantes, judíos y gentiles. Era el Salvador del mundo entero.

10. Aquellos tres grandes personajes cayeron de rodillas ante el niño Rey, y le ofrecieron ricos dones de oro, incienso y mirra.

§ Yo veía y observaba cuidadosamente todo, y le daba vueltas continuas en mi corazón.

Cuarto misterio: *La presentación de Jesús en el templo.*

§ José y yo éramos fidelísimos guardadores de la Ley de Dios. A los ocho días circuncidamos al Niño, y a los cuarenta lo subimos a Jerusalén.

1. Acordes con las prescripciones de Moisés, lo presentamos gozosos en el Templo.

2. Éramos pobres y, no teniendo un cordero, ofrecimos las dos tórtolas prescritas por la ley. Nuestra riqueza era el Hijo que entregábamos gozosos al Señor.

3. Simeón, un hombre justo, había recibido de Dios la promesa de que no moriría sin haber visto antes al Cristo de Dios. Como todos los días, allí estaba aquel fiel israelita, orando al Señor en los atrios del Templo.

4. Reconoció a Jesús al verlo en mis brazos, lo tomó loco de alegría en los suyos, y bendijo en voz alta al Señor.

5. Sus palabras se mezclaban con las lágrimas: "Ahora, Señor, según tu Palabra, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador".

6. Sus ojos, que empezaban a apagarse, se iluminaron radiantes al decir: "Este es luz para las naciones y gloria de tu pueblo Israel".

7. Pero a mí me dijo grave: "Este niño ha sido alzado como bandera de contradicción". Hasta ahora, todo en mí había sido gozo. Pero no me asusté cuando me abría los ojos para hacerme vislumbrar el misterio de mi dolor.

8. Añadió dirigiéndome una mirada escrutadora: "Y por causa de él, una espada atravesará tu propia alma". Yo acepté tranquila en mi corazón: "Hágase en mí tu voluntad".

9. La ancianita Ana reconoció también en el niño al Salvador, y hablaba de él a todos los que aguardaban la redención del pueblo.

10. José y yo estábamos admirados de todas las cosas que se decían de nuestro hijo. Pero, humilde y calladamente, dejamos aquel círculo de admiradores para regresarnos a Belén.

§ Después de la estancia en Egipto, nos establecimos finalmente en Nazareth, "y el niño crecía y se vigorizaba, colmado de sabiduría. Y, permanecía sobre él la complacencia de Dios".

Quinto misterio: *El niño Jesús perdido y hallado en el templo.*

§ Piadosos israelitas como éramos los tres, cada año subíamos indefectiblemente a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Era una peregrinación alegre y llena de encantos.

1. Doce años tenía Jesús entonces y, al regresar nosotros, él se quedó solo en Jerusalén sin que lo notáramos ni José ni yo.

2. Después de una jornada, volvimos a la ciudad en su busca, con una angustia enorme que duró hasta el día siguiente.

3. Al tercer día lo encontramos en los atrios del templo, en medio de los doctores, asombrados de las preguntas y respuestas del vivaz muchachito.

4. José y yo estábamos tan sorprendidos como los mismos doctores de la sabiduría que derrochaba nuestro hijo.

5. Disuelto el grupo, le dije al fin: "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo te buscábamos angustiados".

6. El nos dio una respuesta que entonces no entendí: "¿Y no sabíais que yo debo estar en la casa y en las cosas de mi Padre?". Demostraba tener ya conciencia de una filiación divina muy superior.

7. Nos volvimos a Nazareth a seguir nuestra vida familiar, sencilla, humilde, pero llena de gozo y paz.

8. Jesús, el hijo más obediente, alegre, trabajador y formal, nos estaba sujeto en todo. Nunca un muchacho habrá juntado tanta sumisión con una personalidad tan vigorosa e independiente.

9. Mientras avanzaba en edad, era un primor ver a Jesús crecer en estatura, con un desarrollo armónico y elegante, que era la envidia y el encanto de todos.

10. Pero, más que nada, notábamos cómo crecía en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres. Ejercía una fascinación especial que nadie se explicaba y a todos atraía.

§ Yo, como siempre, observaba y meditaba en mi corazón todo lo que veía en Jesús. El se dejó formar por mí, y los dos no éramos más que una sola alma. Ya entonces era yo el modelo de la Iglesia, sin más ilusión que Cristo: su vida, sus hechos, sus ejemplos.

ACCION DE GRACIAS

Gracias te damos, soberana Princesa, por los favores que cada día recibimos de tu bondadosa mano. Dígnate, Señora, tenernos ahora y siempre bajo tu protección y amparo y para más obligarte te saludamos con una salve.

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva. A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, Abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus

ojos misericordiosos. Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

MISTERIOS DE DOLOR

Ofrecimiento:

Señor Dios nuestro, con un agradecimiento enorme por el beneficio inmenso de la Redención, te ofrecemos este Rosario para recordar y revivir los misterios de la pasión y muerte de Jesús que nos salvaron. Por ellos, y por la intercesión de la Madre Dolorosa, te pedimos la conversión de los pecadores, salvación de los agonizantes y liberación de los fieles difuntos.

Primer misterio: *La oración y agonía de Jesús en el Huerto.*

§ No estuve presente en Getsemaní. Pero con la telepatía y el radar que tenemos las madres, yo presentí y viví en mi corazón las angustias atroces de mi Hijo.

1. Llegó Jesús al Huerto de los Olivos y les dijo a los discípulos: "Sentaos aquí, mientras yo me retiro allí a orar". Y se llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan.

2. "Comenzó a entristecerse y a horrorizarse, y les dijo: me siento anegado en tristeza mortal. Quedaos aquí y velad conmigo"

3. "Se apartó un poco, y comenzó a orar". Yo no estaba con él. Pero, sin saber por qué, aquella noche oraba yo también intensamente.

4. Los tres que estaban cerca le oían decir: "Padre, aparta de mí este cáliz, sin que yo lo beba. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya".

5. El pobre Jesús no podía más, "y se le apareció un ángel que le confortaba". ¡Animo, Señor! Es por la salvación de los hombres, tus hermanos...

6. Entrado en agonía, oraba más intensamente aún. Porque en la oración se encuentra la fuerza para todo, y Jesús la necesitaba como los demás.

7. El dolor comenzaba a ser inaguantable, "y se le produjo un sudor de sangre, que a grumos se destilaba sobre la tierra".

8. Buscó consuelo en los tres amigos, que dormían: "¿No habéis podido velar una hora conmigo? Vigilad y orad, para que no caigáis en tentación".

9. Llegó por fin la chusma, capitaneada por Judas, que le dio el beso más traidor. ¡Dios mío! ¿A mi Hijo Jesús se le podía besar así?...

10. Entonces se le echaron encima, lo ataron fuertemente como a un criminal de cuidado, y se lo llevaron preso.

§ Si era el momento del poder de las tinieblas, era también la Hora de mi Hijo, que cargaba con el pecado del mundo para salvar a sus hermanos.

Segundo misterio: *La flagelación de Jesús.*

§ Tampoco presencié la escena horripilante de los azotes. Pero los amigos más íntimos me iban trayendo las tristes noticias de aquel día.

1. Bien atado Jesús, fue entregado por los del Sanedrín a Pilato, al que poco le importaban las cuestiones religiosas de los judíos, y le preguntó lo que le insinuaron los jefes del pueblo: "¿Eres tú el rey de los judíos?".

2. Jesús contestó sereno, sabiendo que firmaba su propia sentencia: "Si, yo soy rey. Aunque mi reino no es de este mundo".

3. Pilato reconoció la inocencia de Jesús: "Yo no encuentro culpa en él". Pero, cobarde, no se declaraba en su favor.

4. Y añadió el procurador, con justicia irracional: "Lo voy a escarmentar, para que en adelante vaya con cuidado, y después lo soltaré libre".

5. Contra toda su conciencia, "tomó entonces Pilato a Jesús y lo mandó azotar".

6. Yo quedé horripilada al enterarme de todo. Hicieron en él una verdadera carnicería, tan propia de la flagelación romana.

7. Se cumplió entonces, más que nunca, lo dicho por el profeta Isaías: "Yahvéh descargó sobre él las culpas de todos nosotros". "Nosotros lo vimos azotado, herido de Dios y humillado".

8. Seguí pensando en Isaías: "El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Fue oprimido, y él no abrió la boca".

9. Convertido todo su cuerpo en un amasijo de carnes sanguinolentas, sin que le quedara parte sana, mi Hijo lo sufrió todo con paciencia indecible.

10. "El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus terribles heridas hemos sido curados". ¡Cuánto le costó a Jesús la salvación de sus hermanos!

§ Hijos míos, ¿os dais cuenta de lo que costaron a Jesús vuestras satisfacciones ilícitas, sobre todo los pecados de la carne, con que tantos ofenden a Dios?

Tercer misterio: *Jesús coronado de espinas.*

Después del dolor despiadado, sufrió Jesús la humillación más degradante. Herodes lo había vestido de loco, y ahora lo coronaban rey de burla.

1. Los soldados lo llevaron dentro del pretorio, lo desnudaron y le echaron encima un manto viejo de púrpura.

2. Trenzaron una corona de espinas largas, punzantes, de las que abundan en el valle del Cedrón, y se la pusieron bien apretada en la cabeza.

3. Por cetro, le colocaron en la mano derecha una caña seca, con lo que venían a decirle lo vacío y trasnochado que era su reino.

4. Arrodillándose ante él, le saludaban burlonamente, diciendo. "¡Salve, rey de los judíos!"

5. Le escupían, y le golpeaban con la caña la cabeza. Todo resultaba grotesco. La humillación de Jesús no tenía nombre.

6. Otra vez pienso en Isaías: "Despreciable y un deshecho de hombre... como uno ante quien se oculta el rostro... despreciable, y no le tuvimos en cuenta".

7. Jesús fue sacado ante todo el pueblo, "llevando la corona de espinas y el manto de púrpura".

8. Pilato, burlón, o con ganas de salvarlo, ¡qué se yo!, dijo: "¡He aquí el hombre!".

9. Pero oyó por toda respuesta el grito desaforado: "¡Fuera, fuera! ¡Crucifícalo, crucifícalo!"

10. Renegando del Rey que Dios les daba, los dirigentes del pueblo no quisieron más rey que al César.

§ Sin embargo, Dios es fiel, y es verdad lo que Dios me había dicho por el ángel: que mi Hijo reinaría sobre la casa de Jacob eternamente.

Cuarto misterio: *Jesús con la cruz a cuestas.*

§ Pilato se rindió cobarde. Y, soltando libre a Barrabás, les entregó Jesús para que lo crucificaran.

1. Le quitaron el manto de púrpura, le pusieron sus propios vestidos y lo sacaron fuera camino del Calvario

2. "Llevaban también a dos malhechores para crucificarlos con él" Y su aparición en la calle fue recibida con un griterío enorme, con burlas, risas y escarnios los más soeces.

3. Agotado como estaba, se caía en tierra. No pudo más, y los soldados obligaron a Simón de Cirene a cargar con el patíbulo de Jesús.

4. Le seguía por entre las calles una gran muchedumbre de pueblo, llorando unos, pero la mayoría gritando felices...

5. A las mujeres que lloraban y se lamentaban, las fortaleció Jesús: "¡No llores por mí! Llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque si en el leño verde se hace esto, ¿qué no se hará en el seco?"

6. Enterada yo de todo, me dispuse a seguir a mi Hijo. Me destrozaba el dolor, pero, en su Hora, tenía que estar yo a su lado. Debía ser digna madre de mi Hijo.

7. Llegada la comitiva al Calvario, desnudaron completamente a Jesús a la vista de todos. ¡Qué comentarios tan groseros hubo de sufrir, con lo delicado, fino y pudoroso que siempre fue!

8. Jesús había dicho: "El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día, y que me siga".

9. Para que nadie se pudiera quejar, él se ponía delante de todos nosotros. Y yo fui la primera en seguirle hasta él.

10. Porque era y es necesario pasar por muchos padecimientos antes de entrar en la Gloria, y Jesús se ponía al frente, como jefe de la fe.

§ Pero Jesús había dicho también: "Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí... Así hallaréis el descanso para vuestras almas". Sufrir sin Jesús es intolerable. Sufrir con él y por él es salvación.

Quinto misterio: Crucifixión y muerte de Jesús.

§ Clavado Jesús en el patíbulo, fue alzado en alto, como bandera que Dios levantaba ante todos los pueblos. Allí me presenté yo, destrozada de dolor, para mantenerme firme junto a la cruz de mi Hijo.

1. Burlas, risas, denuestos, blasfemias, palabras soeces... todo le decían mientras él soportaba los padecimientos indecibles de la cruz.

2. Pero Jesús pagaba con el perdón tanta injuria: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

3. Uno de los dos ladrones fue su primera conquista. Con qué emoción le oí decir a Jesús: "hoy estarás conmigo en el Paraíso"

4. A mí me declaraba en Juan la madre de todos los redimidos: "Mujer, ahí tienes a tu hijo... Juan, ahí tienes a tu madre". Yo os acepté a todos, hijos de mi amor y de mi dolor.

5. Los dolores de Jesús debían ser inimaginables, cuando le oímos aquel grito desgarrador: "Padre, ¿por qué me has abandonado?"

6. Consumido por la fiebre, y ardiendo en deseos de amor, expresó su doble sed con aquél grito lacerante: "¡Tengo sed!".

7. Viendo cumplidas todas las profecías, dijo unas palabras que eran casi de triunfo: "¡Todo se ha cumplido!".

8. Su faz lívida y su respiración ya casi apagada, hacían prever el instante supremo. Al final, lanzó un grito conmovedor: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!".

9. E inclinando la cabeza, expiró. Jesús dejó de sufrir. Pero yo lloraba silenciosa y amargamente.

10. El soldado que con su lanza atravesó el costado y rasgó el corazón de mi Hijo, me dejó a mi partida de dolor.

§ Descendido de la cruz y puesto en mis brazos, lo entregué a los amigos fieles, que lo depositaron en el sepulcro. Comenzaba mi soledad de tres días inacabables...

ACCION DE GRACIAS

Gracias te damos Madre, por la valentía con que aceptaste para nuestra salvación, en unión de tu Hijo, los dolores de su pasión y muerte. Derrama sobre nosotros la gracia que necesitamos para corresponder al amor de Jesús y tuyo, y haz que vivamos siempre consagrados a ti, Madre y Corredentora nuestra.

Oh Virgen y Madre de Dios, yo me entrego por hijo tuyo. Me consagro a tu amor materno para que formes en mí a Jesús. Haz que sepa llevar generosamente con El mi cruz de cada día, para llegar también con El a la resurrección feliz.

MISTERIOS DE GLORIA

Ofrecimiento:

"¡Ven, María, y vive en mí!, te decimos cada uno de nosotros. Ven, y enséñanos. Ven, y enciéndenos en el fuego del Espíritu. Te ofrecemos este rosario por tus intenciones manifestadas en Fátima. Para honrar y desagraviar a tu Corazón. Por la conversión de los pecadores. Por la paz del mundo. Concédenos amarte cada vez más, a ti que estuviste tan estrechamente unida a Jesucristo en los misterios de nuestra Redención.

Primer misterio: *La Resurrección de nuestro Señor Jesús.*

§ "Me voy, pero volveré, y vuestra tristeza se convertirá en gozo", había dicho Jesús. Y así fue aquel día dichoso de la resurrección.

1. Un ángel deslumbrante echó a rodar la piedra del sepulcro, como la cosa más inútil, porque Jesús ya no estaba allí.

2. Los soldados huyeron despavoridos, símbolo de todas las fuerzas del infierno, derrotadas para siempre por la resurrección de Jesús.

3. A las mujeres, mis parientes y amigas, les dijo el ángel ante la tumba vacía: "Buscáis a Jesús, el crucificado. ¡No está aquí! ¡Ha resucitado!".

4. A la ardorosa Magdalena se le apareció como un hortelano -"jardinero de rosas y olivos"- . Ella no lo soltaba, mientras le besaba enloquecida los pies.

5. A dos discípulos les iba acompañando camino de una finca de Emaús. Y lo reconocieron, como ahora vosotros, al partir el pan.

6. A los Once se les presentó en el cenáculo aquel mismo día: "¡La paz sea con vosotros! ¡No temáis, que soy yo!".

7. Tomás, incrédulo en un principio, se rindió con fe inquebrantable: "¡Señor mío, y Dios mío!".

8. Pedro le protestó su amor en las orillas del lago, durante aquella aparición tan llena de encantos: "¡Señor, tú sabes que yo te quiero!".

9. Durante cuarenta días, con una aparición tras otra. Jesús fue nuestra alegría colmada.

10. También yo lo vi resucitado, con la intimidad de madre e hijo. Y aquél su abrazo inefable me llenó de un gozo que ya nadie fue capaz de arrebatarme.

§ Jesús había dicho: "Yo soy la resurrección y la vida". Y os sigue diciendo ahora: "Y el que cree en mí no morirá para siempre", "porque yo lo resucitaré en el último día".

Segundo misterio: *La Ascensión de Jesús al Cielo.*

§ Llegó el momento de la partida de Jesús. Pero fue algo tan glorioso, lleno de alegría. que no nos dejó pena alguna.

1. Aquella mañana espléndida nos sacó Jesús a todo el grupo camino de Betania, y nos detuvimos en el querido Monte de los Olivos.

2. Jesús se declaraba SEÑOR al decir: ¡"Se me ha dado todo el poder en el Cielo y en la Tierra".

3. Y así pudo dar este mandato: "Id por todo el mundo y haced discípulos de todas las naciones".

4. Aunque se iba a ausentar, nos prometía una presencia indefectible: "Yo estaré con vosotros hasta el final del mundo".

5. Con una mirada y un gesto indescriptibles nos bendijo a todos.

6. Pero su vista se fijaba en mí de una manera especial e inefable.

7. Y, ante nuestros ojos atónitos, fue ascendiendo, ascendiendo hacia las alturas, hasta que una nube lo arrebató definitivamente de nuestra mirada.

8. Dos ángeles nos sacaron de nuestro éxtasis: "¿Por qué seguís mirando al cielo? Este Jesús, que así ha subido al cielo, así volverá un día".

9. Ante el triunfo de Jesús, regresamos contentísimos a Jerusalén. Ya no había enemigo que pudiera nada contra él.

10. Había subido al Cielo con sus llagas resplandecientes como el sol, para presentarlas al Padre en ruego constante por vosotros.

§ Ahora, con Jesús en la Gloria, no busquéis ni gustéis las cosas de abajo, sino las de arriba, donde os esperan los gozos verdaderos

Tercer misterio: *La venida del Espíritu Santo.*

§ Diez días estuvimos en el cenáculo esperando la gran promesa de Jesús y orando fervorosamente. Aquella primera comunidad cristiana se sintió espontáneamente reunida en torno a mí, la Madre de Jesús.

1. Muy de mañana, el día de Pentecostés, un viento huracanado sacudió toda la casa.

2. Aparecieron como lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de nosotros.

3. Y todos quedamos llenos del Espíritu Santo. Yo, aunque llena de El desde la anunciación del ángel, aquel día llegué a una plenitud sin igual.

4. Nuestras mentes se iluminaron con toda la verdad que nos había enseñado Jesús.

5. Y nuestros corazones se abrasaron en el amor más ardiente, generoso y decidido al Maestro.

6. Lo que antes yo sabía, pero que lo viví en las sombras de la fe, ahora lo vi clarísimo. Mi Hijo era el Mesías, el Hijo de Dios, ¡Dios!

7. Recibido el Espíritu Santo prometido, todos estallamos en alabanzas a Dios, glorificándolo en muchas lenguas.

8. Pedro, en nombre de todos, predicó Jesús al pueblo. A esa porción del pueblo que Dios se había reservado como primicia del Reino.

9. Y vimos cómo ya aquél primer día se adherían tres mil personas a la Iglesia naciente.

10. Lo dijo Jesús: "Os enviaré otro Consolador... que os conducirá a la verdad plena... y él me glorificará".

§ Desde entonces, el grito de la Iglesia es: "¡Ven, Espíritu Santo!".

Cuarto misterio: *La Asunción de María en cuerpo y alma al Cielo.*

§ Yo era la Madre de la Iglesia naciente. Todos me llamaban con cariño "La Madre del Señor Jesús".

1. Encomendada a los cuidados especiales de Juan, me convertí en el centro de los Apóstoles de Jesús".

2. Yo era su animadora y su consuelo, y ellos eran mi mayor orgullo.

3. En torno a los Doce, conmigo perseveraban todos los creyentes unidos en la oración y en la fracción del Pan.

4. Mi único anhelo era ir cuanto antes al Cielo para estar con mi Hijo, Cristo, el Señor Jesús.

5. Hasta que un día dejé la tierra, tan plácidamente que todos llamaron a mi muerte "la dormición".

6. Dios no quiso que la carne de la cual su Hijo tomó carne se corrompiera en el sepulcro. Y, resucitada, me subió en cuerpo y alma a la Gloria.

7. En el Cielo estoy como "tipo" de la Iglesia: lo hecho en mí, es un avance de lo que Dios va a hacer con todos vosotros.

8. ¡Vierais cómo fui recibida en la Gloria! El Padre me acogía como a su Hija amantísima, con la cual únicamente ha compartido su paternidad divina.

9. El abrazo con Jesús, por el que tanto había suspirado desde la Ascensión, no tiene palabras para ser expresado.

10. Y el Espíritu Santo inundó con las llamas de un amor inmenso a esta su Esposa queridísima.

§ Como yo, la Madre Asunta, seréis todos resucitados y asumidos un día en la Gloria. Soy la Madre de la Iglesia, y a todos mis hijos os quiero glorificados conmigo.

Quinto misterio: *María Reina. Señora de cielos y tierra.*

§ Como Salomón sentó junto a su trono a su madre Bersabé a mí me sentó Jesús junto a sí en los cielos para compartir su reinado universal.

1. La Iglesia se ve en mí como la Mujer del Apocalipsis: "vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre mi cabeza".

2. Los ángeles me vieron ascender sobre todos ellos, y me aclamaron gozosos como su Reina y Soberana.

3. Los Santos me cantaron más justamente que a Judith: "tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú el honor de nuestro pueblo".

4. Jesús puso en mí todos los tesoros de su gracia, para que yo sea su dispensadora universal.

5. En el Cielo soy "la omnipotencia suplicante", porque no hay gracia que Dios no os conceda por mis súplicas en favor vuestro".

6. Con Jesús, por Jesús y como Jesús, he sido constituida Reina y Señora de Cielos y Tierra.

7. Así como Dios me asoció a la dolorosa obra redentora de Jesús, así ahora me ha asociado a su reinado glorioso.

8. Mi reinado es un reinado de amor. Acercaos a mí, que soy la Madre del Amor Hermoso.

9. Me llamáis Reina y Madre de Misericordia. Y yo ejerzo mi reinado como Abogada de vuestra salvación.

10. Acordaos que nada me ha dado Dios de gracia y de gloria, que yo no haya puesto todo, todo a disposición vuestra.

§ ¡Y dichosos los que venís a mí! Porque yo os llevo siempre a Jesús, que es y os da la Vida Eterna.

ACCION DE GRACIAS

Gracias te damos, Madre, que en el Cielo estáis como Abogada nuestra y Medianera de todas las gracias de Dios.

Concédenos vivir siempre encerrados en tu Corazón, al que nos consagramos una vez más con amor de hijos.

¡Señora y Madre mía! Yo me ofrezco del todo a ti. Y, en prueba de mi filial afecto, te consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo tuyo, Madre de bondad, guárdame y defiéndeme como cosa y posesión tuya. Así sea.

LAS LETANIAS

LA LETANIA TRADICIONAL MODIFICADA

Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad. Santa María, (**ruega por nosotros**). Santa Madre de Dios. Santa Virgen de las vírgenes. Hija predilecta del Padre. Madre de Cristo Rey. Gloria del Espíritu Santo. Virgen Hija de Sión. Virgen pobre y humilde. Virgen sencilla y obediente. Esclava del Señor. Madre del Señor. Colaboradora del Redentor. Llena de gracia. Fuente de hermosura.

Conjunto de todas las virtudes, Fruto escogido de la redención. Discípula perfecta de Cristo. Imagen purísima de la Iglesia. Mujer nueva. Mujer vestida del sol. Mujer coronada de estrellas. Señora llena de benignidad. Señora llena de clemencia. Señora nuestra. Alegría de Israel. Esplendor de la Iglesia. Honor del género humano. Abogada de la gracia. Dispensadora de la piedad. Auxiliadora del Pueblo de Dios. Reina de la caridad. Reina de la misericordia. Reina de la paz. Reina de los ángeles. Reina de los patriarcas. Reina de los profetas. Reina de los apóstoles. Reina de los mártires. Reina de los confesores. Reina de las vírgenes. Reina de todos los santos. Reina concebida sin pecado original. Reina asunta a los cielos. Reina del mundo. Reina del cielo. Reina del universo.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.

Ruega por nosotros, Madre gloriosa del Señor.

Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

Escucha, Dios misericordioso, las súplicas de tus siervos; y, ya que hemos reconocido en esta solemne celebración a Santa María, tu esclava, como nuestra Madre y nuestra Reina, concédenos que, sirviéndote a ti y a los hermanos aquí en la tierra, merezcamos ser recibidos en tu reino eterno. Por Jesucristo nuestro Señor.

LETANIA DEL CORAZON DE MARIA

Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad. Corazón de María, siempre inmaculado, (**ruega por nosotros**). Corazón de María, Hija del Padre. Corazón de María, Madre del Hijo. Corazón de María, Esposa del Espíritu Santo.

Corazón de María, templo de la Santísima Trinidad. Corazón de María, Madre de la Iglesia. Corazón de María, Madre nuestra amantísima. Corazón de María, asociada al Redentor. Corazón de María, Mediadora nuestra ante Dios. Corazón de María, Reina de todo lo creado. Corazón de María, arca de las palabras y misterios de Cristo. Corazón de María, firmísimo en la fe. Corazón de María, fundado en segurísima esperanza. Corazón de María, hoguera ardiente de caridad. Corazón de María, tesoro de pureza virginal. Corazón de María, pobre y humilde. Corazón de María, modelo de obediencia. Corazón de María milagro de paciencia. Corazón de María, dechado de mansedumbre evangélica. Corazón de María, espejo de todas las virtudes. Corazón de María, rendido y pronto al mensaje del Ángel. Corazón de María, obsequioso y santificante en la visita a Isabel. Corazón de María, inundado de gozo en Belén. Corazón de María, heroico y generoso en la Presentación. Corazón de María, solícito y confiado en Caná. Corazón de María, dichoso recibiendo y guardando la Palabra de Dios. Corazón de María, traspasado de dolor junto a la Cruz. Corazón de María, jubiloso con Jesús resucitado. Corazón de María, colmado de consuelo celestial. Corazón de María, digno de veneración. Corazón de María, digno de reparación y

alabanza. Corazón de María, digno de que nos consagremos a tu amor. Corazón de María, trono de misericordia. Corazón de María, consuelo de los afligidos. Corazón de María, esperanza de eterna salvación.

Santísima Virgen, de Corazón manso y humilde.

Haz nuestro corazón semejante al tuyo.

Omnipotente y sempiterno Dios, que en el Corazón de la Bienaventurada Virgen María preparaste una mansión digna al Espíritu Santo: concédenos propicio que, renovando devotamente la memoria del mismo Inmaculado Corazón, podamos vivir según el Corazón de tu divino Hijo, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

UNA LETANIA MARIANA

MARIA, cuyo Nombre cantan los Cielos y la Tierra, ¡bendita seas!

MARIA, junto con Cristo, tu Hijo, idea primera en la mente de Dios, que te eligió, ¡bendita seas!

MARIA, concebida Inmaculada para ser digna Madre de Dios, ¡bendita seas!

MARIA, la Hija de Sión, con quien nos principiaron las bendiciones mesiánicas, ¡bendita seas!

MARIA, que eres la Madre de Dios, ¡bendita seas!

MARIA, Madre Espiritual de todos los hombres, ¡bendita seas!

MARIA, Virgen integérrima, de amor indiviso a Cristo, ¡bendita seas!

MARIA, Madre Dolorosa y Madre Corredentora, ¡bendita seas!

MARIA, triunfadora de la muerte en tu Asunción, ¡bendita seas!

MARIA, Abogada nuestra ante Jesucristo el Redentor y ante el Padre, ¡bendita seas!

MARIA, Medianera de todas las gracias que nos mereció Jesús, ¡bendita seas!

MARIA, Reina y Señora de Cielos y Tierra, de los ángeles y de los hombres, ¡bendita seas!

MARIA, Tipo y ejemplar esplendoroso de la Iglesia y de cada uno de nosotros, ¡bendita seas!

MARIA, que nos amas con Corazón de Madre, ¡bendita seas!

MARIA, digna de todo nuestro amor y entrega, ¡bendita seas!

SEÑOR DIOS, que eres glorificado por las alabanzas que tributamos a María, Madre tuya y Madre nuestra, en la que hiciste obras grandes con tu fuerza poderosa, concédenos por su intercesión vernos libres de todo mal y colmados de toda tu Gracia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PROFESION DE FE MARIANA

Hecho oración, le decimos a María que sí, que es verdad cuanto de Ella nos enseña la Iglesia Católica.

Virgen María, profesamos de corazón la doctrina de la Santa Iglesia Católica, según la cual tú fuiste predestinada en el decreto mismo de la encarnación del Hijo de Dios, y estuviste estrechamente unida a Jesucristo Señor Nuestro, tanto en los vaticinios de los profetas como en la realización del misterio de la salvación.

Creemos, pues, que tú, bienaventurada Virgen María, elegida y predestinada desde la eternidad Madre del Verbo humanado, fuiste también, como Madre suya, amada por Dios con amor único, y adornada y enriquecida con privilegios y dones del todo singulares.

Confesamos que fuiste llena de gracia, colmada de bendiciones sobre todas las mujeres y nunca sujeta a maldición alguna de pecado, como redimida por Cristo con redención eminente y singularísima.

Aceptamos como doctrina revelada, que Dios estuvo en ti y contigo, María, de modo singular, realizando en ti grandes maravillas con su divina omnipotencia y haciéndote objeto de veneración para todas las generaciones.

Creemos firmemente, oh María, que fuiste Inmaculada y llena de gracia en el primer instante de tu concepción; inmune siempre de toda culpa personal aún la más leve, y libre incluso de toda concupiscencia y desorden que inclinasen al pecado.

Confesamos de ti Virgen María, como de fe católica que, con entera propiedad, eres Madre del Dios-Hombre, el cual, por virtud del Espíritu Santo, se encarnó tomando de ti nuestra naturaleza humana, como hijo tuyo verdadero, y así te llamamos, con toda verdad, MADRE DE DIOS.

Confesamos que tú, María, concebiste y diste a luz a tu Hijo e Hijo de Dios, permaneciendo siempre virgen integérrima, corporal y espiritualmente.

Fuiste Virgen antes del alumbramiento de Jesús, porque concebiste a tu Hijo sin concurso de varón y sólo por obra del Espíritu Santo.

Fuiste Virgen en Belén, dando a luz a la Luz eterna, Jesucristo, con alumbramiento milagroso, sin menoscabo de tu limpieza e integridad.

Permaneciste siempre Virgen después de tener a Jesús, como que en tu corazón inmaculado y en tu seno sacratísimo no diste más cabida que al Dios de toda santidad.

Profesamos, Virgen María, como doctrina católica que el Hijo eterno de Dios no quiso tomar nuestra naturaleza y hacerse hombre, sino previo tu consentimiento, y que tú te abrazaste consciente y libremente con la maternidad de nuestro Dios y Redentor; consentimiento tuyo que está en la raíz de los títulos de Nueva Eva y Madre nuestra en el espíritu.

Guiados por el Magisterio de la Iglesia creemos que tú, Virgen Santísima, con la fe y el amor de tu asentimiento, no retardado por afecto alguno pecaminoso, concurriste a la encarnación redentora del Verbo, y te consagraste por entero a la persona y a la obra de tu divino Hijo, teniendo parte activa, con El y en dependencia de El, en el misterio de la redención.

Basados igualmente en este Magisterio ininterrumpido y auténtico de la Iglesia, creemos que tú, gloriosa Madre de Dios, eres la nueva Eva asociada a Jesucristo, Adán segundo, en la obra de salvar al género humano. Y en esta asociación maternal con tu Hijo, radican tantos títulos gloriosos con que la Tradición y el sentido de la fe del pueblo cristiano te ensalzan, títulos que no nos es lícito reducir a vanas palabras sin sentido.

Te proclamamos, pues, Virgen Santísima, unida a Jesucristo desde su concepción hasta su muerte, cooperando de manera activa y con el ejercicio de las más sublimes virtudes de obediencia, fe, esperanza, caridad ardiente, en la misión del Salvador, es decir, en la restauración de la vida de las almas.

Afirmamos, con nuestra Madre la Iglesia, que tú, Virgen María, eres nuestra Abogada y Medianera ante Dios, no en el plano mismo que compete a Jesucristo, sino con dependencia de él, como ejerciendo una función maternal "que la Iglesia experimenta y recomienda a los fieles, para que lleguemos, nos unamos más íntimamente a Cristo".

Te reconocemos, oh Virgen María, como Reina de universo, exaltada por Dios sobre todos los coros de los ángeles y santos, por tu dignidad, tu excelencia y la eficaz mediación ante tu Hijo.

María, te proclamamos gozosamente verdadera Madre nuestra en el espíritu, porque contribuiste a restaurar la vida en las almas. Confesamos que esa maternidad la ejerces de continuo y perdurará hasta la consumación de los elegidos. Creemos que esta tu maternidad se extiende sobre toda la Iglesia, ya porque tú cooperaste eficazmente con tu amor para que naciesen los fieles en la Iglesia, ya porque ahora mismo contribuyes en la regeneración y formación de los nuevos hijos de Dios.

Sostenemos, como divinamente revelado, que tú, Virgen Santísima, como dignísima Madre de Dios, y unida indisolublemente a Jesucristo en tu predestinación, en tu vida, en tu misión, no pudiste quedar bajo el imperio de la muerte sino que al término de tu carrera mortal fuiste asunta al Cielo en cuerpo y alma. Pero, apoyados en la Tradición y el Magisterio, admitimos que fue a través de la muerte como llegaste a la Asunción, asemejándote a Jesús, vencedor de la muerte y del pecado.

Virgen María, concededores de tu excelencia singularísima, de tu incomparable plenitud de gracia y bendiciones, de tu dignidad única de Madre de Dios y de tu eficazísima intercesión maternal, profesamos la fe católica que declara legítimos y fundados el culto y devoción que te tenemos, celestial Señora. Más aún: reconocemos que, dentro de los planes libremente establecidos por Dios, la devoción a ti, Madre, nos es necesaria a los hijos de la Iglesia, e incluso garantía y contraseña de la verdadera fe.

Confesamos, pues, oh María, que van contra la piedad y el sentir de la Iglesia quienes combaten o desprecian el culto y devoción que se te debe, superior al de los ángeles y santos, como Virgen Madre de Dios y Madre de los hombres.

Abrazamos la doctrina católica que sanciona la legitimidad del culto relativo tributado a tus imágenes, oh María; de las peregrinaciones a tus santuarios; de las prácticas piadosas tales como el rezo del Rosario, vestir el escapulario, el uso reverente de tus medallas, y otros ejercicios bendecidos y aprobados por la Iglesia en el decurso de los siglos.

Creemos, oh Virgen María, con los Pontífices Romanos, con los santos y doctores, que, con la devoción a ti, los cristianos nos excitamos a venerarte, amarte e invocarte como Madre de Dios, y así nos alentamos en el gozoso afán de imitar tus virtudes y en desarraigarnos de nuestro corazón cuanto desdice de tu pureza y santidad, Madre de Dios y Madre nuestra, purísima y llena de gracia.

Esto creemos de ti, querida Virgen Santísima, porque Dios nos lo ha dicho y porque así nos lo enseña la Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo. Tú nos llevas a Cristo, y Medianera con nuestro único Mediador, por ti y contigo estaremos en la eternidad feliz gozando de tu amor de Madre en la gloria del Señor.

TRES JACULATORIAS

Madre, bendíceme.

Oh María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti.

Dulce Corazón de María, sé mi salvación.